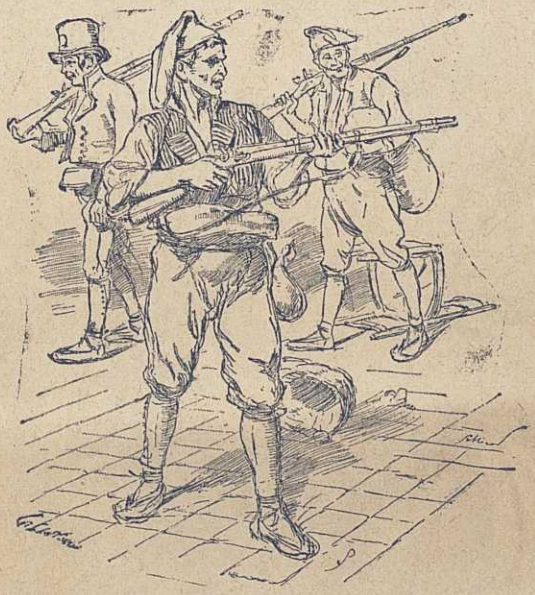
GERONA



I

Relación de Andrés Marijuán:

«Entré en Gerona á principios de febrero del año 9, y me alojé en casa de un cerrajero de la calle de Cort-Real. Á fines de abril salí con la expedición que fué en busca de víveres á Santa Coloma de Farnés, y á los pocos días de mi regreso murió, á consecuencia de las heridas recibidas en el segundo sitio, aquel buen hombre que me había dado asilo. Creo que fué el 6 de

M.C.D.2020

mayo, es decir, el mismo día en que aparecieron los franceses, cuando al volver de la guardia en el fuerte de la Reina Ana, encontré muerto al Sr. Mongat, rodeado de sus cuatro hijos que lloraban amargamente.

Hablaré de los cuatro huérfanos, que ya lo eran completamente por haber perdido á su madre algunos meses antes. *Siseta*, ó como si dijéramos, Narcisita, la mayor en edad, tenía poco más de los veinte, y los tres varoncillos no sumaban entre todos igual número de años, pues *Badoret* (Salvadorillo) apenas llegaba á los diez, *Manalet* (Manolín) no tenía más de seis, y *Gasparó* (Gaspar) empezaba á vivir, hallándose en el crepúsculo del discernimiento y de la palabra.

Cuando penetré en la casa y vi cuadro tan lastimoso, no pude contener mis lágrimas y me puse á llorar con ellos. Yo les amaba, y como mi buen humor y franca condición propendían á enlazar el alma de aquellos inocentes con la mía, en algunos meses de trato Siseta, Badoret, Manalet y Gasparó correspondían á mi cariño. Cuando yo iba de guardia, bien á Montjuich, bien á los reductos del Condestable ó del Cabildo, los tres muchachos, incluso Gasparó, me seguían con sendas cañas al hombro, remedando con la boca el son de cajas y trompetas, ó relinchando al modo de caballos.

Como digo, al verles sin padre y en completa soledad y abandono, les consolé como pude, y al día siguiente, después que echamos tierra al buen cerrajero, tomé por la mano á Siseta, y llevándola á la cocina le dije:

«Durante cuatro meses he comido vuestro pan. Verdad que también os he dado el mío... Ahora, con la muerte del buen Mongat, os habéis quedado huérfanos... No importa... quiero decir: no hay que apurarse. Tú serás la madre de tus hermanos, y yo seré su padre,

porque... ya te lo he dicho, Siseta... he decidido ahorcarme contigo... más claro: nos ahorcaremos tú y yo delante de un altar.»

Oído este discursillo, Siseta, sin decir cosa alguna, entregóse al arreglo de los trastos míseros, y ordenarlo todo y limpiar el polvo. Los chicos me rodearon al punto, corriendo precipitadamente á traer sus cañas, palos y demás aparatos de guerra, viéndome yo obligado, en razón de esta diligencia, á recomendarles gran celo en el servicio de la Patria y el Rey, pues bien pronto, si los franceses apretaban el cerco, Gerona necesitaría de todos sus hijos, aun de los más pequeñitos. Por último, después que durante media hora pusieron armas al hombro y en su lugar, cebaron, cargaron, atacaron é hicieron varias descargas imaginarias, pero que retumbaban en el angosto taller, les vi soltar las armas, decaído el marcial ardor, y volver á su hermana con elocuente expresión los ojos.

«¿Qué? — pregunté yo comprendiendo lo que significaba aquel mudo interrogatorio. — Siseta, ¿no hay que comer?»

Siseta, disimulando su emoción, registraba los negros andamios de una alacena, en cuyas cavernosas profundidades la infeliz se empeñaba en ver alguna cosa.

No necesité saber más. Corrí al cuartel á pedir que me adelantaran la ración del día siguiente, y con esto y siete cuartos que ahorrados tenía, saldríamos del paso. «Mañana Dios dirá.» Cuando yo estaba de vuelta con mi ración y mis cortos dineros, pasó por delante de la tienda el Sr. D. Pablo Nomdedeu, habitante en el piso superior de la casa, y trabamos conversación desmayada y triste sobre la escasez de vituallas que padecían los pobres gerundenses. Invitóme D. Pablo á subir con él á su casa, lo que acepté gustoso, porque me

agradaba platicar con hombre tan erudito de cosas de la guerra y del terrible asedio que nos esperaba.

Don Pablo Nomdedeu era médico. En el respetábamos al excelente vecino, al sabio y al hombre caritativo y bondadoso. Más avejentado que viejo se hallaba en aquellos días, por obra del estudio y de los pesares. Vivía en apacible medianía, consagrado fuera de casa al trato facultativo de los enfermos del hospital, dentro á las prolijas atenciones y exquisitos cuidados que ponía en su hija única, enferma de doloroso, incurable mal. Era Josefina una belleza consumida, un ángel marchito en la flor de la edad. De una fuerte y pavorosa impresión provenía su desorden nervioso y la irreparable turbación de su espíritu. Estaba sorda y casi paralítica. «Su existencia, que ha venido á ser de plomo—decía D. Pablo,—pende una hebra de seda.»

Según consta en un *Diario* escrito por el Doctor Nomdedeu, y que luego vino á parar á mis manos, el trastorno y grave dolencia de la señorita databan del año anterior, relacionándose fatídicamente con un ruidoso hecho histórico. Ruidoso lo llamo, porque fué el bombardeo de Gerona por el General Duhesme, que, al acercarse á la plaza, se dejó decir estas arrogantes palabras: *El 24 llego, el 25 ataco, el 26 la tomo, y el 27 la arraso.* El hombre que tales bravatas decía, igualándose á César, era forzosamente un necio. Llegó en efecto, y atacó, pero no pudo tomar ni arrasar cosa alguna como no fuese su propia soberbia. Víctima del bombardeo fué la familia de mi D. Pablo en las circunstancias horripilantes que voy á referir.

Vivía entonces la familia en la calle de la Neu, cerca de la plaza. Un día en que los franceses redoblaron el mortífero fuego contra la plaza, mi buen D. Pablo, creyéndose más seguro cuanto más lejos del techo estuviera, se instaló en el portal de la casa, y allí se

hizo servir la comida. Acompañábanle Josefina y el prometido de ésta, su primo Anselmo Quixols. Á medio comer, una granada penetró por la techumbre, y horadando tablas y cielo-rasos, cayó en el portal, donde estalló con horrible estruendo, causando estragos espantosos. Anselmo quedó muerto en el acto; el criado fué mortalmente herido; el ama de llaves, *Señora Sumta*, también, aunque sin gravedad; D. Pablo recibió un golpe; sólo Josefina resultó ilesa en apariencia. ¡Pero qué trastorno en su organismo, qué desquiciamiento, qué perturbación en su pobre alma!

La horrenda explosión, el súbito peligro, la muerte de su primo y futuro esposo, el riesgo de que ardiera toda la casa, hirieron con golpe tan rudo la débil naturaleza de Josefina, que desde entonces ya no fué la graciosa señorita discreta y amable, sino un ser lastimoso, que se aniquilaba entre el dolor y la melancolía. Los cuidados del padre lograron atenuar en ella el desorden epiléptico, los aplanamientos con ~~fiesta~~ no sostenida. Cuando yo la conocí, Josefina era un alma doliente y tristísima encerrada en la menor cantidad posible de materia. Mostrábase á veces su inteligencia con repentinos fulgores que se iban apagando, hasta llegar á una obscuridad casi completa. Pasaba los días la interesante inválida en un sillón junto á la ventana, dejándose acariciar por los rayos del sol. En su falda ponía D. Pablo los libros que había de leer: *Don Quijote*, *Gil Blas*... Á su lado tenía una mesilla con papel y lápiz, pues estaba enteramente sorda, y por medio de la escritura se comunicaba con su padre. Todo el empeño de éste era hacerla creer que vivíamos en un mundo de delicias, que Gerona era toda paz, abundancia y alegría, que no había guerra, ni bombas, ni tiros de fusil y cañón, que Francia no pensaba en conquistarnos, y que el Imperio Napoleó-

nico no existía más que en la Historia. Empleaba el buen D. Pablo el ardid de estas sutiles ficciones para sostener á su enfermita en un equilibrio nervioso y mental indispensable para la existencia, pues en cuanto la pobre olía guerra, ó sospechaba bombas, ó veía en los rostros inquietudes ó cavilaciones, recaía en sus violentos espasmos.

II

Aquella mañana la vi comer. Don Pablo le presentaba los mejores manjares para que no se enterase de la escasez de abastecimientos. De sobremesa se entretuvo en una fácil labor de punto, y en tanto el doctor y yo nos apartamos al otro lado de la estancia para charlar á escondidas del grave asunto de la guerra. «Los franceses están ya sobre Gerona—dije yo;—esta mañana les hemos visto en los altos de Costa Roja. Aquí dentro no somos más que cinco mil seiscientos hombres, que no son bastantes para defender la mitad de los fuertes. Si Zaragoza, que tenía dentro de murallas cincuenta mil hombres, ha caído al fin en poder del francés, ¿que hará Gerona con cinco mil seiscientos?

—Ya serán algunos más — dijo Nomdedeu paseándose por la habitación con inquietud nerviosa.—Todos los vecinos de Gerona toman las armas, y hoy mismo se están formando en el claustro de San Félix las listas de las ocho compañías que componen la *Cruzada gerundense*. También se está formando hoy el batallón de señoras, de que es coronela D.ª Lucía Fitz-Gerard: ¿la conoces? En verdad te digo, amigo Andrés, que en medio de la pena que causa la guerra, se alegra uno viendo los belicosos preparativos que tanto enaltecen al vecindario de esta ciudad.»

Mientras esto decíamos, expresándonos uno y otro

con bastante exaltación, Josefina fijaba en nosotros los ojos sorprendida y aterrada. Advirtiólo su padre, y volviéndose á ella, la tranquilizó con ademanes y sonrisas cariñosas, diciéndome:

«La pobrecita ha comprendido que estamos hablando de la guerra. Esto le causa un terror.»

Y cogiendo la pluma, escribió:

«Hija mía, no tengas miedo. Hablábamos de las bandadas de palomas que vió ayer Andrés en Pedret. Dice que mató todas las que quiso, y que te traerá un par esta tarde. No, no temas, hija mía, no habrá más sitios en Gerona. Hemos hecho paces con la Francia. Veremos si mañana puedes salir á dar un paseo por Mercadal. Iremos á Castellá la semana que entra. ¡Dice nostramo Mansió que están los rosales tan cargados de rosas...! ¿Pues y los cerezos? Este año habrá tanta cereza, que no sabremos qué hacer de ella.»

Luego que esto escribió, volvióse á mí el Sr. D. Pablo, y procurando disimular su aflicción, me dijo:

«De este modo la voy engañando, para apartar su ánimo de la tristeza. ¡Si ella supiera que mi casa de campo con todas las plantas y animalitos que allí tenía no existe ya!... Los franceses no han dejado piedra sobre piedra. ¡Pobre de mí! Rodeado de infortunios, amenazado, como todos los gerundenses, de los horrores de la guerra, del hambre y de la miseria, tengo que fingir junto á esta niña infeliz un bienestar y una paz que están muy lejos de nosotros.»

La pobre enferma, que aunque no estaba privada del uso de la palabra, prefería comunicarse por la escritura, tomó la pluma, y con rapidez nerviosa trazó lo siguiente:

«Andrés hablaba de batallas.

—¡No, no, señorita Josefina! — exclamé yo á gritos, pues es costumbre instintiva alzar la voz delante de

M.C.D.2020

los sordos, aun sabiendo que éstos no pueden oir.

— Precisamente — escribió D. Pablo, — ahora me estaba diciendo que le van á dar la licencia, porque ya no se necesitan soldados. ¡Gracias á Dios que se han acabado esas malditas guerras!... Hija mía, ¿por qué no sigues la lectura?»

Y puso en manos de su hija un tomo que era la primera parte del *Quijote*, el cual abrió ella por donde lo tenía marcado, comenzando á leer tranquilamente.

Por la noche, cuando volví á mi alojamiento después de hacer la guardia en la Torre Gironella, Siseta, contestando á mi pesimismo con apreciaciones festivas y lisonjeras, se dejó decir que los franceses no se atreverían á poner cerco á la plaza.

«¡Qué se han de atrever! — exclamé yo con risueña ironía. — Nos tienen mucho miedo. Sube mañana conmigo á la Torre Gironella, y verás los mosquitos que andan en el horizonte, allá por Levante y Mediodía. Franceses en San Medir, Montagut y Costa Roja; franceses en San Miguel y en los Ángeles, y por variar, franceses en Montelibi, Pau y el llano de Salt. Ya verás, prenda mía. Aquí somos seis mil quinientos hombres que no bastan para empezar, y tenemos unas murallitas... ¡qué obras, válgame Dios! Da miedo verlas. Figúrate que cuando los lagartos corren por entre las piedras, éstas se mueven y dan unas contra otras. No se puede hablar recio junto á ellas, porque con el estremecimiento del sonido se caen.»

La señora *Sumta* (Asunción), ama de gobierno de D. Pablo Nomdedeu, que solía bajar á darnos conversación en sus ratos de ocio, metió su hocico en nuestro diálogo, diciendo:

«Tiene razón Andrés. Las murallas de los fuertes parecen una almendrada hecha con azúcar sin punto. Mi difunto, que de Dios goce, y que hizo la campaña del

M.C.D.2020

Rosellón contra la República de la Francia, me decían varias veces: «Lo de menos será la piedra, con tal que haya hombres de pecho y un buen español que sepa mandarlos.» ¿Y qué me dice usted, amigo Marijuán, de ese encanijado Gobernador que nos han puesto?

— Don Mariano Álvarez de Castro. Este fué el que no quiso entregar á los franceses el Montjuich de Barcelona. Dicen que es hombre de mucho temple.

— Pues no lo parece — observó la señora Sumta. Cuando nos mandaron acá este sujeto en febrero y le vi, al punto le diputé por poca cosa. ¿Qué se puede esperar de quien tan poco levanta del suelo? El otro día pasó junto á mí, y... créalo usted, no me llega al hombro. ¿Le ha visto usted la cara? Es amarillo como un pergamino viejo, y parece que no tiene sangre en las venas. ¡Qué hombres los del día!

— Señora Sumta — dije riendo, — cuando los generales tengan un oficio semejante al de las amas de cría, entonces se podrá renegar de los que sean flacos y encanijados.

— No, Andresillo, no digo eso — replicó la matrona. — Lo que digo es que sin presencia no se puede mandar. Considera tú: cuando una ve á doña Lucía Fitz-Gerard, coronela del *Batallón de Santa Bárbara*; cuando una ve aquellas carnes, aquel andar imponente, dan ganas de correr tras ella á matar franceses.»

La señora Sumta era una tarasca formidable. Su hombruno temperamento la llamaba al terreno de la gloria militar. No tardó en alistarse en el Batallón mandado por doña Lucía; y había que verla por las calles y aun en la muralla, armada de fusil, con marcial donaire y actividad oficiosa, metiendo sus narices en el peligro, en la gloria misma. ¡Qué mujer!

El 13 de junio, si no estoy trascordado, rompieron los franceses el fuego contra la plaza, después de inti-

mar la rendición por medio de un parlamentario. Estaba yo en la Torre de San Narciso, junto al barranco de Galligans, y oí la contestación de D. Mariano, el cual dijo que recibiría á metrallazos á todo francés que en adelante volviese con embajadas.

Bombas y más bombas arrojaron hasta el día 25, y quisieron asaltar las torres de San Luis y San Narciso, que destrozaron completamente, obligándonos á abandonarlas el 19. Fuera de esto, no hubo hechos de armas de gran importancia hasta principios de Julio, cuando los dos ejércitos principiaron á disputarse rabiosamente la posesión de Montjuich. Los franceses confiaban en que con este castillo lo tendrían todo. ¿Creeréis que sólo había dentro del recinto novecientos hombres, que mandaba D. Guillermo Nash? Los imperiales habían levantado varias baterías, entre ellas una con veinte piezas de gran calibre, y sin cesar arrojaban bombas y granadas á los del castillo. Por cuatro veces asaltó el enemigo, hasta que en la última dijo «ya no más», y se retiró, dejando sobre aquellas peñas la bicoca de dos mil hombres entre muertos y heridos.

En todo el mes de Julio siguieron los franceses haciendo obras para aproximarse á la plaza, y viendo que no la podían tomar á viva fuerza, ponían su empeño en impedir que nos entraran víveres. De este plan comenzaron á resentirse los ya alarmados estómagos.

De los apuros que ocasionaba la escasez nos defendíamos sin gran trabajo Siseta y yo con nuestros pobres chiquillos. La Providencia y nuestra sobriedad nos salvaban. Pero en la casa del santo y mártir don Pablo Nomdedeu no podían sortearse tan fácilmente los rigores del hambre. Imaginad las ficciones de que tendría que valerse el infeliz señor para engañar á su hija en cosa tan delicada como el sentido del gusto y

las sutilezas del paladar. Se falsifica un alimento; pero en la calidad, y menos en la cantidad, no caben disfraces ni supercherías. Una tarde que le visité, D. Pablo, casi con lágrimas en los ojos, me dijo:

«Andrés de mi alma, ya sé que se espera en Gerona un convoy de víveres traído por el General Blake. ¿Has oído tú algo de esto? Á mí me lo ha dicho el propio Intendente, D. Carlos Beramendi, aunque también me manifestó que dudaba pudiera llegar felizmente aquí. Parece que en Olot tenemos dos mil acémilas, y se ha combinado que salga de aquí D. Blas de Fournás con alguna fuerza para distraer á los franceses. ¡Oh, si esto ocurriera pronto y nos llegara harina fresca y alguna carne...! Si no, dudo que nos escapemos de una horrorosa epidemia... ¡Dios mío! Yo no quiero nada para mí: me contentaré con tomar en la calle un hueso crudo de los que se arrojan á los perros, y roerlo; pero que no falte á mi inocente y desgraciada enfermita un pedazo de pan de trigo y una hila de carne. Y hablando de otra cosa, amigo Andrés, dicen que al fin tendrá que rendirse Montjuich.

—Así parece, Sr. D. Pablo. El Gobernador ha ofrecido premios y grados á los cuatrocientos hombres que le quedan á D. Guillermo Nash; pero, con todo, parece que no pueden resistir más tiempo. Si esos desgraciados se sostienen una semana, es preciso creer que San Narciso hace un milagro más prodigioso que el de las moscas, ocurrido seiscientos años ha.»

III

Rindióse Montjuich á los dos días de ocurrir lo que llevo referido. ¿Qué podían hacer aquellos cuatrocientos hombres que habían sido novecientos y ya caminaban á no ser ninguno? El 12 de agosto la guarnición

del castillo se redujo á unos trescientos hombres sin piernas los unos, sin brazos los otros. Montjuich era un montón de muertos, y Álvarez sostenía que aún podía defenderse. Quería que todos fuesen como él, es decir, hombre para atacar y estatua para sufrir; pero de la pasta de D. Mariano, Dios había hecho á D. Mariano, y después dijo: «Basta, ya no haremos más.»

Se rindió el castillo después de clavar los pocos cañones que quedaron útiles, y por la tarde de aquel día vimos desfilar á la que había sido guarnición, marchando la mayor parte al hospital. Todos quisimos ver á Luciano Anció, el tambor que, después de haber perdido una pierna entera y verdadera, siguió largo tiempo señalando con redobles la salida de las bombas; pero Luciano Anció había muerto, sacudiendo el parche mientras tuvo los brazos pegados al cuerpo.

Los franceses no esperaron al día siguiente para combatir la ciudad, que se les venía á la mano, una vez poseída la gran fortaleza, y desde la misma noche empezaron á levantar baterías por todos lados. Tanta prisa se dieron, que en pocos días alcanzamos á ver muchísimas bocas de fuego por arriba, por abajo, por la montaña y por el llano, contra las muralla de San Cristóbal y Puerta de Francia. El Gobernador, que harto conocía la flaqueza de aquellos muros de mazapán, dispuso que se ejecutaran obras como las de Zaragoza: cortaduras por todos lados, parapetos, zanjas y espaldones de tierra en los puntos más débiles.

Mujeres y ancianos trabajaban en esto, y yo me llevé á la plaza de San Pedro á mis tres chiquillos, que metían mucho ruido sin hacer nada. Por la noche regresaron á su casa completamente perdidos de suciedad y con los vestidos hechos jirones.

Siseta se enojó viéndoles tan derrotados, y quiso pegarles; pero yo la contuve diciendo:

M.C.D.2020

«Han ido al trabajo porque así lo ordenó el Gobernador D. Mariano Álvarez de Castro. Son los tres muy buenos patriotas, y si no es por ellos, creo que no se hubiera acabado hoy la cortadura que cierra el paso de la calle de la Barca. ¿Ves? Esa pella de fango que tiene Gasparó en la cabeza, es porque quiso también meter su cucharada, y subiendo al parapeto, rodó después hasta el fondo de la zanja, de donde le sacaron con una pala... ¿Ves este verdugón que tiene Manalet en el carrillo y en la sien derecha? Pues fué porque se acercó demasiado al Gobernador cuando éste iba con el Intendente y toda la Plana Mayor á examinar las obras. Estas criaturitas, no contentas con verle de cerca, se metian en el corrillo, enredándose entre las piernas de D. Mariano en términos que no le dejaban andar. Un ayudante les espantaba; pero volvían, como las moscas de San Narciso, hasta que al fin, cansados del juego, los oficiales empezaron á repartir bofetones, y uno de ellos le cayó en la cara á tu hermano Manalet.

—¡Ay, qué chicos éstos! —exclamó Siseta solfeándoles. —Otros desean que se acabe el sitio para poder vivir, y yo quiero que se acabe para que haya escuela.»

falta

Continuaron después de esto los sufrimientos ocasionados por la [illegible] de víveres. La carne de caballo era un regalo en ciertos días; en otros, los aldeanos que lograban introducir nabos, coles ó algún conejo, eran recibidos en palmitas. La señora Sumta, que andaba por calles y fortificaciones, canana al cinto y fusil al hombro, recogía lo mejor que encontraba para llevarlo á la niña de Nomdedeu; yo me acordaba de Siseta y mis chicos siempre que al alcance de mi mano y de mi pobre bolsillo veía cosa comestible, siquiera fuese un hueso mal guarnecido de carne, un puñado

M.C.D.2020

de nueces fallidas ó un trozo de pan negro y correoso.

Así pasaban días y días, y á los males propios del sitio se unió el rigor de la calurosa estación para hacernos más penosa la vida. Ocupados todos en la defensa, nadie se cuidaba de los inmundos albañales que se formaban en las calles, ni de los escombros, entre cuyas piedras yacían olvidados cadáveres de hombres y animales. ¡Qué mes de agosto, Santo Dios! Nuestra vida giraba sobre un eje cuyos dos polos eran batirse y no comer. En las murallas era preciso estar constantemente haciendo fuego, porque la cortedad de la guarnición no permitía relevos, además de que el Gobernador, como enemigo del descanso, no nos dejaba descabezar un mal sueño. Allí no dormían más que los muertos.

Por fin, Dios y el bendito San Narciso permitieron que llegase el socorro que por tanto tiempo habíamos vanamente esperado. ¡Qué loca alegría! ¡Qué frenesí produjo en los habitantes de Gerona la llegada del convoy! Todo el pueblo salió á la calle al rayar el día para ver las mulas, y si hubieran sido seres inteligentes aquellos cuadrúpedos, no se les habría recibido con más cariñosas demostraciones, ni con tan generosa salva de aplausos y vítores.

Aquel día y los siguientes reinó en la plaza gran satisfacción, y hasta nos hostilizaron flojamente los franceses. En cuanto á los auxilios, pasada la impresión del primer instante, todos caímos en la cuenta de que los mismos que nos los habían traído nos los quitarían, porque reforzada la guarnición con los cuatro mil hombres de Conde, éstos nos ayudaban á consumir los víveres. ¡Funesto dilema de todas las plazas sitiadas! Pocas bocas para comer dan pocos brazos para pelear. Gran número de brazos trae gran número de bocas.

Desde aquellos días hasta el 15 de septiembre, en que

19

M.C.D.2020

$\frac{24}{72}$

M.C.D.2020

D. Mariano dispuso una salida atrevidísima, no se habló más que de los preparativos para el gran esfuerzo, y todos hablaban de las hazañas que pensaban realizar, peligros que soportar y dificultades que acometer, con febril y romántica inquietud como si aguardasen una fiesta.

La salida del 15 no dió otro resultado que envalentonar á los franceses, que deseosos de poner fin al cerco tomando la ciudad, se nos echaron encima el día 19, asaltando la muralla por distintos puntos con cuatro formidables columnas de á dos mil hombres. En Gerona fueron tan grandes aquella mañana el entusiasmo y la ansiedad, que hasta nos olvidamos de que nuevamente nos faltaba un pedazo de pan que llevar á la boca.

Los soldados conservaban su actitud imperturbable y serena; pero en los paisanos se advertía una alucinación, algo como embriaguez, que no era natural antes del triunfo. Los frailes, echándose en grupos fuera de sus conventos, iban á pedir que se les señalase el puesto de mayor peligro; los señores graves de la ciudad, entre los cuales los había que databan del segundo tercio del siglo anterior, también discurrían de aquí para allí con sus escopetas de caza, y revelaban en sus animados semblantes la presuntuosa creencia de que ellos lo iban á hacer todo. Las damas del batallón de Santa Bárbara no se daban punto de reposo, anhelando probar con sus incansables idas y venidas que eran el alma de la defensa.

Las monjas abrían de par en par las puertas de sus conventos, rompiendo á un tiempo rejas y votos; disponían para recoger á los heridos sus virginales celdas, jamás holladas por planta de varón. Dentro de las iglesias ardían mil velas delante de mil santos; mas no había divinos oficios, porque los sacerdotes, lo mismo

M.C.D.2020

que los sacristanes, estaban en la muralla. Toda la vida, en suma, desde lo religioso hasta lo doméstico, habíase alterado, y la ciudad no era la ciudad de otros días. Ninguna cocina humeaba, ningún molino molía, ningún taller funcionaba, y la interrupción de lo ordinario era completa en toda la línea social, desde lo más alto á lo más bajo.

Las campanas tocaban á somatén, ocupándose en este servicio los chicos del pueblo por ausencia de los campaneros, y el cañón francés empezó desde muy temprano á ensordecer el aire. Los tambores recorrían las calles repicando su belicosa música, y los resplandores de los fuegos parabólicos comenzaron á cruzar el cielo. Todo estaba perfectamente organizado, y cada uno fué derecho á su sitio, no necesitando preguntar á nadie cuál era. Sin que sus habitantes salieran de ella, la ciudad quedó abandonada, quiero decir, que ninguno se cuidaba de la casa que ardía, del techo

desplomado, de los hogares á cada instante destruídos por el horrible bombardeo. Las madres llevaban consigo á los niños de pecho, dejándolos al abrigo de una tapia ó de un montón de escombros, mientras desempeñaban la comisión que el instituto de Santa Bárbara les encomendara.

IV

Yo estaba en Santa Lucía, donde teníamos mucha tropa y paisanos. Era nuestro jefe un irlandés llamado D. Rodulfo Marshall, que había venido á España sin que nadie le trajese, sólo por gusto de defender nuestra santa causa. Aventurero ó no, Marshall, por lo valiente, debió haber sido español. Era rozagante, corpulento, de semblante festivo y mirar encendido, algo semejante al de D. Juan Coupigny que vimos en Bailén. Hablaba mal nuestra lengua; pero aunque algunas de sus palabrotas nos causaban risa, decíalas con la suficiente claridad para ser entendidas, y nada importaba que destrozara el castellano con tal que destrozase también á los franceses, como lo hizo en varias ocasiones.

Habíais de ver el empuje de las columnas imperiales. No parecían sino hambrientos lobos, cuyo objeto no era vencernos sino comernos. Se arrojaban ciegos sobre la brecha, y allí de nosotros para taparla. Dos veces entraron por ella dispuestos á echarnos de la cortina; pero Dios quiso que nosotros les echásemos á ellos. ¿Por qué? ¿De qué modo? Esto es lo que no sabré contestar si me lo preguntan. Sólo sé que á nosotros no nos importaba nada morir, y con esto tal vez está dicho todo. Don Mariano se presentó allí. No creáis que nos arengó hablándonos de la gloria y de España y el Rey. Nada de eso. Púsose en primera línea,

descargando sablazos contra los que intentaban subir, y al mismo tiempo nos decía: «Las tropas que están detrás tienen orden de hacer fuego contra las que están delante, si éstas retroceden un sólo paso.» Su semblante ceñudo nos causaba más terror que todo el ejército enemigo. Como algún jefe le dijera que no se acercase tanto al peligro, respondió: «Ocúpese usted de cumplir su deber, y no se cuide tanto de mí. Yo estaré donde convenga.»

Los soldados enemigos morían como moscas al pie de la brecha; pero de los nuestros caían también por docenas. Una de la pérdida más sensible fué la del jefe D. Rodulfo Marshall. Tengo la gloria de haberle recogido en mis brazos en el mismo boquete de la brecha, y no se me olvidará lo que dijo poco después, tendido en la calle, en el momento de expirar: «Muero contento por causa tan justa y por nación tan brava.»

Cuando esto pasó, ya los franceses indicaban haber desistido de entrar en la ciudad por aquella parte. Y hacían bien, porque estábamos cada vez más decididos á no permitirlo. Si á tiros no lográbamos contenerlos, los acuchillábamos con fiereza; y como esto no bastara, aun teníamos á mano las piedras de la muralla para arrojarlas sobre sus cabezas. Cuando la función de la muralla de Santa Lucía terminaba, no nos veíamos unos á otros; el polvo y el humo formaban densa atmósfera en toda la ciudad y sus alrededores, y el ruido que producían las doscientas piezas de los franceses vomitando fuego por diversos puntos, á ningún ruido de máquinas de la tierra ni de tempestades del cielo era comparable. La muralla estaba llena de muertos, que pisábamos inhumanamente al ir de un lado para otro, y entre ellos algunas mujeres intrépidas expiraban confundidas con los soldados y patriotas.

De pronto, veo venir un chico que se me acerca ha-

«ciendo cabriolas, esgrimiendo un palo en cuya punta flotaba el último girón de una barretina. Era Manalet.

«¿Dónde has estado? — le pregunté. — Corre á tu casa; entérate de si tu hermana ha tenido novedad, y dile que yo estoy sano y bueno.

— Yo no voy ahora á casa. Me vuelvo á San Cristóbal.

— ¿Y qué tienes tú que hacer allí, en medio del fuego?

—La barretina tiene tres balazos—respondió con infantil orgullo, mostrándome el gorro hecho trizas. — Cuando la agujerearon las balas la tenía yo puesta en la cabeza. No creas que estaba en el palo, Andrés. Después la puse aquí para que la gente la vea toda llena de agujeros.

— ¿Y tus hermanos?

— Badoret ha estado en Alemanes. Yo estaba en San Cristóbal: un soldado me dijo que se le habían acabado las balas, y que le llevara huesos de guinda, y le llevé más de veinte, Andrés.

M.C.D.2020

—¿Y Gasparó?

—Gasparó anda siempre con mi hermano Badoret. También estuvo en Alemanes, y aunque Siseta le quiso dejar encerrado en casa, él se escapó por la puerta de atrás. Ahora hemos estado juntos, buscando algo que comer en aquel montón de desperdicios que hay en la calle del Lobo; pero no encontramos nada...»

Infinidad de mujeres ocupábanse en retirar á los heridos, y también repartían á los sanos algunas raciones de pan negro y muy poco vino. Nosotros veíamos á los franceses retirándose por el llano adelante, y no podíamos reprimir un sentimiento de ardiente orgullo al ver resultado tan colosal con tan pequeños medios. Parecía realmente milagro que tan pocos hombres contra tantos y tan aguerridos nos defendiéramos detrás de murallas cuyas piedras se arrancaban con las manos. Nosotros nos caíamos de hambre; ellos no carecían de nada; nosotros apenas podíamos manejar la la artillería; ellos disparaban contra la plaza doscientas bocas de fuego. Pero ¡ay! no tenían ellos un D. Mariano Álvarez que les ordenara morir con mandato ineludible, y cuya sola vista infundiera en el ánimo de la tropa un sentimiento singular que no sé cómo exprese, pues en él había, además del valor y la abnegación, lo que puede llamarse miedo á la cobardía, recelo de aparecer cobarde á los ojos de aquel extraordinario carácter.

Manalet se separó de mí, y al poco rato le vi aparecer con otros muchos chicos, todos descalzos, sucios, harapientos y tiznados, entre los cuales venía su hermano Badoret, trayendo á cuestas á Gasparó, cuyos brazos y piernas colgaban sobre los hombros y por la cintura de aquél. Todos venían muy contentos, y especialmente Badoret, que repartía guindas á sus compañeros.

«Toma, Andrés — me dijo el chico, dándome una guinda. — Ya tienes para todo el día. Toma esta media docena y repártela entre tus compañeros, que estarán muertos de hambre... Me las ha dado una señora monja de las Capuchinas por llevar una carta al Sr. Carrillo, capitán de Ultonia, que está en la muralla de *Alemanes*... Pues cogí guindas, cogí la carta y eché á correr. Gasparó chillaba; pero yo le dije: «Si no callas, te metemos dentro de un cañón como si fueras bala; disparamos, y vas á parar rodando adonde están los franceses, que te pondrán á cocer en una cacerola para comerte...» Llegué á la muralla. ¡Qué fuego! Lo de aquí no es nada. Las balas de cañón andaban por allí como cuando pasa una bandada de pájaros. ¿Crees que yo les tenía miedo? ¡Quia! Un soldado me dió un manotazo, echándome para afuera, y caí sobre un montón de muertos; pero me levanté y seguí palante. Entró el Gobernador, y cogiendo una gran bandera negra que parece un paño de ánimas, la estuvo moviendo en el aire, y luego dijo que al que no fuera valiente le mandaría ahorcar. ¿Qué tal? Yo me puse delante y grité: «Está muy bien hecho.» Los soldados me mandaron salir, y las mujeres que curaban á los heridos se pusieron á insultarme, diciendo que por qué llevaba allí esta criatura... ¡Qué fuego! Caían como moscas: uno ahora, otro en seguida... Los franceses querían entrar, pero no les dejamos.

— ¿Tú también?

— Sí; las mujeres y los paisanos echaban piedras por la muralla abajo; yo solté á Gasparó, poniéndole encima de una caja donde estaba la pólvora y las balas de los cañones, y también empecé á echar piedras. ¡Qué piedras! Una que pesaba lo menos siete quintales y cogió á un francés, partiéndolo por mitad. Vieras allí al Gobernador, Andrés. Don Mariano y yo nos echa-

mos palante... y nos pusimos adonde estaba más apurada la gente. Yo no sé lo que hice; pero yo hice algo. El humo no me dejaba ver, ni el ruido me dejaba oir. ¡Qué tiros! En las mismas orejas, Andrés. Está uno sordo. Yo me puse á gritar, llamándoles marranos, ladrones, y diciendo que Napoleón era un tal y un cual. Puede que no me oyeran con el ruido; pero yo les puse de vuelta y media. Nada, Andrés, para no cansarte, allí estuve hasta que se retiraron. El Gobernador me dijo que estaba satisfecho: no, á mí no me habló nada; se lo dijo á los demás.

—¿Y la carta?

—Busqué al Sr. Carrillo. Le encontré... pero la carta se me había perdido... ¡Qué apuro!

—¿Volviste á las Capuchinas?

—No. Acordándome de Gasparó, fuí á recogerle donde le había dejado, pero no le encontré. Todo se me volvía gritar: «¡Gasparó, Gasparó!» pero el niño no parecía. Por fin me le veo debajo de una cureña, hecho un ovillo, con los puños dentro de la boca, mirando afuera por entre los palos de la rueda y con cada lagrimón... Echémele á cuestas, y acá me vine con los amigos.

—Lleva al hermanito á tu casa para que le cuide tu hermana—dije, reparando que el pobre Gasparó sangraba aún de un pie.

—Sí que iremos á casa—me contestó—. He guardado algunas guindas para Siseta.

—Muchachos—gritó Manalet, que se había alejado de sus compañeros y á la carrera volvía,—por la calle de Ciudadanos va el Gobernador con mucha gente, banderas muchas; delante van las señoras cantando y los frailes bailando, y el obispo riendo, y las monjas llorando. Vamos allá.»

Como se levanta y huye una bandada de pájaros, así

corrieron y volaron aquellos chiquillos, dejando libre de su infantil algazara la muralla de Santa Lucía.

V

Fuí á mi hospedaje, ya cerca de las diez de la noche, y dejando en la tienda el fusil, subí á la vivienda de D. Pablo, anhelando saber de Siseta y de la señorita. Ésta se había descompuesto, y poseída de terror no cesaba de gritar: «¡Guerra en Gerona!» No podía Siseta calmarla. Á punto entró D. Pablo, que antes de presentarse á su hija cuidó de cambiarse de ropa, pues venía manchado de sangre del trato quirúrgico con los heridos. Ante Josefina quiso hacer el papel de que había ido de caza; pero su caritativo embuste, transmitido por la pluma, no resultó eficaz, y la desventurada niña mostraba en la forma espasmódica más aguda su conocimiento de la terrible situación de la ciudad.

De improviso nos sorprendió un gran estruendo en el portal, no estampido de bombas y granadas, sino clamor chillón y estridente, de mil desacordes ruidos compuesto, tales como patadas, bufidos, cacharrazos y sones bélicos de varia índole. Inquieto y confuso, Nomdedeu miraba á todos lados, inquiriendo la causa de aquel ruido; pero pronto él y los demás salimos de dudas, viendo entrar una turba de chiquillos que, desvergonzadamente y sin respeto á nadie, se colaron en la sala, dando golpes, empujándose, chillando y berreando en los más desacordes tonos. Dos de ellos llevaban colgados al cinto sendos cacharros sobre cuyo abollado fondo redoblaban con palillos de sillas viejas; tocaban la trompeta con la nariz, y todos, al compás de la inaguantable música, bailaban con ágiles brincos y cabriolas.

M.C.D.2020

No necesito decir que al frente del ejército venían Manalet y Badoret, este último llevando á cuestas á Gasparó, tal como le vi en la muralla. Ninguno dejaba de traer palo, caldero viejo ó vara con pingajos colgados de la punta, con cuyos objetos se simulaban fusiles, tambores y banderas. Un fondo de silla de paja atado á una cuerda y arrastrado por el suelo servía de trofeo á uno, y otro adornaba su cabeza con un cesto medio deshecho, no faltando las casacas de militares hechas jirones, y los morriones de antigua forma con descoloridas plumas adornados.

Don Pablo, ciego de cólera, apostrofó á los rapaces tan violentamente, que faltó poco para que perdieran en un punto su bélico entusiasmo.

«Granujas, largo de aquí al instante—les dijo.—¿Qué desvergüenza es ésta? ¡Meterse en mi casa de este modo!»

Siseta y yo, indignados de tal audacia, empezamos á repartir pescozones á diestro y siniestro; pero de pronto observamos que la enferma contemplaba á los desvergonzados muchachos con atención complacida, y sonreía con tanta espontaneidad y desahogo como si su alma sintiera indecible gozo ante aquel espectáculo. Hícelo notar al Sr. D. Pablo, y al punto éste se puso de parte de los alborotadores, conteniendo á Siseta que iba sobre ellos con implacable furor.

«Déjales—dijo Nomdedeu.—Mi hija demuestra que está muy complacida viendo á estos bergantes. Mira cómo se ríe, Andrés; observa cómo les aplaude. Bien, muchachos; corred y chillad alrededor del cuarto.»

Y diciendo esto, D. Pablo, en medio de la sala, empezó á llevar el compás. En mal hora se les ordenó seguir. ¡Santo Dios! ¡Qué algarabía, qué estrépito!

«¿Dónde has estado todo el día? —preguntó Siseta echando mano á Badoret, y deteniéndole. —¡Y la cria-

tura tiene sangre en el pie! Ven acá, condenado, me las pagarás todas juntas. Espera á que bajemos á casa, y verás. Y tú, Manalet de mil demonios, ¿qué has hecho de la camisa?

—En la calle de la Ballestería estaban curando unos heridos y no tenían trapos. Me quité la camisa y la di.

—¿Para qué habéis traído á casa tanto chiquillo mal criado?

—Son nuestros amigos, hermana—repuso Badoret.—Hemos estado en el Capitol, y allí nos han dado un poco de vino.

—Ven acá, Gasparó. Este pobrecito no habrá comido nada. Alma mía, ¿qué te han hecho en el pie, que tienes sangre?

—Hermana mía, una bala de cañón pasó por donde estábamos, y si Gasparó no se hace para un lado, le lleva medio cuerpo; no le cogió más que la uña chica. ¡Si vieras qué valiente ha estado! Se metió debajo del cañón y allí se estuvo mirando á los franceses que querían subir á la muralla. Y les amenazaba con el puñito cerrado.

—Te voy á desollar vivo — le dijo Siseta. — Espera, espera á que bajemos. Á ver si se marcha pronto de aquí toda esa canalla.

—No, que se aguarden un poco—indicó D. Pablo.—Son unos chicuelos muy salados. Mira qué contenta está Josefina. Lo que quiero, Badoret, es que no metáis mucho ruido... Y dime, Manalet, ¿traéis algo de comer?

—Yo traigo cinco guindas,— dijo prontamente Badoret sacándolas del seno.

—Dadme con disimulo y sin que lo vea mi hija todo lo que traigáis, que yo os daré ochavos para que compréis pólvora.

—Pauet, toma—dijo Manalet—ese medio pepino que le cogiste al soldado muerto.

—Yo doy este pedazo de bacalao,—dijo otro, entregando la ofrenda en manos de D. Pablo.

—Y yo esta cabeza de gallina cruda.»

En un momento se reunieron diversos manjares, tales como tronchos de col, que llevaban impreso el sello de las limpias manos de sus generosos dueños; garbanzos crudos que habían sido sacados por los agujeros de las olers por sutilísimos dedos, pedazos de cecina, zanahorias, dos ó tres almendras en confite, que ya habían recibido muchas mordidas, y otras viandas, tan liberalmente entregadas como alegremente recibidas. Procurando que no se enterase su hija, llamó D. Pablo á la señora Sumta, que acababa de llegar en aquel instante, y llevándola tras el sillón de la enferma, le dijo:

«Á ver si con todo esto compone usted una cena para la niña...

—¿Qué hemos de hacer con esto, señor, si no lo querrá ni la gata?»

Tiró luego de pluma D. Pablo, y añadiendo á lo escrito expresivos gestos y garatusas, convenció á su hija de que si en efecto hubo guerra de un día en Gerona, todo había terminado con una grande y decisiva victoria. Los hijos de la Francia se habían retirado con viento fresco y no volverían más. Los resplandores que se veían en la ciudad no eran de incendios, sino de iluminaciones con que el vecindario celebraba su magnífico triunfo... Y lo último que le dijo para sosegar el ánimo de la pobre niña fué esto, que á la letra copio: «Y para que participes de la común alegría, aquí tenemos á Andrés y á Siseta, que se prestarán á bailar delante de ti con los chicos un poco de sardana y otro poco de tirabou, para que también en esta casa se manifieste la inmensa satisfacción y patriótico alborozo de que está poseída la ciudad. Como tú

no oyes, suprimiremos el fluviol y la tanora, que sólo sirven para meter inútil ruido. Conque puedes dar la señal para que comience la fiesta.»

Y luego, volviéndose á Siseta y á mí, nos dijo:

«No hay más remedio. Es preciso bailar un poquito, aunque supongo, Andrés, que ese cuerpo, venido hace poco de Santa Lucía, no estará para sardanas. Pero, amigos, bailando hacéis una obra de caridad. ¡Quién lo había de decir! ¡Hay tantas maneras de practicar el Santo Evangelio!»

No lo creeréis, niños queridos; encontraréis inverosímil que bailásemos Siseta y yo en aquella lúgubre noche precisamente en los instantes en que, incendiados varios edificios de la ciudad, ésta ofrecía en su estrecho recinto frecuentes escenas de desolación y angustia. Formando con ocho chiquillos un gran ruedo, bailamos, sí, obedeciendo á la apremiante sugestión de aquel padre cariñoso que nos pedía con lágrimas en los ojos nuestra cooperación en la difícil comedia con que engañaba el delicado espíritu de su hija; y nuestra danza no era silenciosa, porque los chicos, seguros de que Josefina no les oía, cantaban con entusiasmo la copla popular de Gerona en los días del Sitio:

Digasme tú, Girona,
Si te n'arrendirás...
Lirom lireta.
Com vols que m'rendesca
Si España non vol pas?
Lirom fa lá garideta,
Lirom fa lireta lá.

Resultaba una farsa lúgubre que oprimía el corazón, y el infeliz D. Pablo, lívido y trémulo, parecía un alma escapada del otro mundo, que esperaba el canto del gallo para volver al Purgatorio... Al fin el cansancio

pudo en los chicos más que la marcial travesura. Unos tras otros caían al suelo, y se quedaban dormidos en extrañas posturas... Yo dije á Nomdedeu: «Señor doctor, no nos mande bailar más, porque creemos que estamos locos.»

VI

Lo que os he referido se repitió algunos días. Después vinieron circunstancias distintas, y todo cambió. Los franceses, escarmentados con la vigorosa y nunca vista defensa del 19 de septiembre, no se atrevían al asalto. Conocían la imposibilidad de abrir las puertas de Gerona por la fuerza de las armas, y se detuvieron en su línea de bloqueo, con intención de matarnos de hambre. El 26 de septiembre llegó al campo enemigo el Mariscal Augereau, que se había distinguido en las guerras de la República y en el Rosellón; trajo consigo más tropas, por todos lados puso cerco estrecho, encerrándonos de modo que no podría entrar ni una mosca.

Ya no era posible pensar en socorros, como no vinieran por los aires. Ya no teníamos el triste recurso de buscar la muerte en las murallas, porque el enemigo no se cuidaba de asaltarlas; era forzoso cruzarse de brazos y dejarse morir, mirando la efigie impasible de D. Mariano Álvarez, cuyos ojos vivos no paraban nunca, observando aquí y allí nuestras caras, por ver si alguna tenía trazas de cobardía ó desaliento. Estábamos moralmente aprisionados entre las garras de acero de su carácter, y no nos era dado exhalar una queja ni un suspiro, ni hacer movimiento que le disgustara, ni dar á entender que amábamos la libertad, la vida, la salud. En suma, le teníamos más miedo que á todos los ejércitos de Napoleón juntos.

Llegó el mes de octubre, y se acabó todo, señores:

faltaron en absoluto la harina, la carne, las legumbres. No quedaba sino algún trigo averiado, que no se podía moler porque nos comimos las caballerías que movían los molinos. Se pusieron hombres; pero los hombres, extenuados de hambre, se caían al suelo. Quedaba el recurso de comer el trigo como lo comen las bestias: crudo y entero. Algunos lo machacaban entre dos piedras y hacían tortas, que cocían en el rescoldo de los incendios. Aun quedaban algunos asnos; pero se acabó el forraje, y entonces los animalitos se juntaban de dos en dos, y se mantenían comiéndose mutuamente sus crines. Fué preciso matarlos antes que enflaquecieran más; y al fin la carne de asno, que es la más desabrida de las carnes, se acabó también. Muchos vecinos habían sembrado hortalizas en los patios de las casas, en tiestos y aun en las calles; pero las hortalizas no nacieron. Todo moría, Humanidad y Naturaleza; todo era esterilidad dentro de Gerona, y empezó una guerra espantosa entre los diversos órdenes de la vida, destruyéndose de mayor á menor.

Yo padecía crueles penas, no sólo por mí, sino por la infeliz Siseta y sus tres hermanos. Éstos eran al principio los mejor librados, porque ellos salían á la calle, y merodeando, husmeando aquí y allá, siempre sacaban alguna cosa. Pero llegó también el día en que Badoret, Manalet y Gasparó se cansaron de sus correrías por las calles, porque de todas partes eran expulsados los muchachos vagabundos, por la mala opinión que había respecto á la limpieza de sus manos. Flacos y casi desnudos, los tres chiquillos inspiraban compasión, y formando lastimero grupo junto á Siseta, permanecían largas horas en silencio, sin juegos ni risas, tan graves como ancianos decrépitos, inertes y quebrantados.

Yo estuve tres días sin verles, porque mis obligacio-

nes me impedían ir á la casa. Cuando fuí, encontréles en la situación que he descrito. Siseta, no pudiendo contener su dolor, empezó á llorar amargamente, registrando después los últimos rincones de la casa por ver si parecía de milagro alguna vianda. Yo salí, volví á entrar, salí de nuevo y regresé, después de dar mil vueltas, con la terrible evidencia de que no podía encontrar nada.

Repentinamente, me ocurrió una idea salvadora. Teníamos en casa una preciosa gata con tres gatitos muy monos. No había más remedio que sacrificar al pobre animal y sus criaturas, sin reparar en que eran seres adherentes á la familia. Contestando á mis planes de matanza, Siseta me contestó lloriqueando:

«No te lo quería decir. En estos últimos días que has faltado de casa, D. Pablo bajaba con frecuencia. Una tarde se me puso delante de rodillas, rogándome que le diera algo para su hija, pues ya no tenía víveres, ni dinero para comprarlos. Cuando esto me decía, uno de los gatitos me saltó al hombro, y D. Pablo, echándole mano con mucha presteza, se lo guardó en el bolsillo. Al día siguiente bajó de nuevo, y me ofreció los muebles de su sala si le daba otro de los hijos de Pichols, y sin aguardar mi contestación, entró en la cocina, después en el cuarto obscuro, púsose en acecho, y lo mismo que un gato caza al ratón, así cazó él al gato. Cuando salió, tuve que curarle los arañazos que en la cara traía. El tercero pereció de la misma manera, y después de esto la gata huyó de la casa, tal vez por haber entendido que no estaba segura.»

Siseta y yo convinimos en que era urgente rezar, con la esperanza de que, á fuerza de ruegos, nos enviase Dios, por sus misteriosos caminos, algo de lo que tanto necesitábamos. Pero rezamos, y Dios no nos mandó nada.

M.C.D.2020

Por Badoret supe que la gata se había refugiado en el desván de una cuadra que había en el fondo del patio. Sin decir nada á Siseta ni á los chicos, fuí á la cacería del pobre animal. Juzgad de mi sorpresa cuando en el camaranchón obscuro me encontré á D. Pablo armado de escopeta y cuchillo de monte. Ambos íbamos á lo mismo... El doctor pareció muy contrariado de mi presencia: la necesidad, razón de razones, me obligó á ser adusto con el venerable señor, y á mostrarle mi propósito de no dejarme ganar la partida.

Movimos algunas cajas vacías; arrojamos á un lado pedazos de silla y la tonel, y sentimos el roce de un cuerpo que se deslizaba en el fondo de la pieza atropellando los hacinados objetos. Era la gata. Vimos en el fondo obscuro sus dos pupilas de un verde aurífero, vigilando con feroz inquietud los movimientos de sus perseguidores.

No os cansaré refiriéndoos la cacería. Nomdedeu, reservándose la escopeta, con la cual creía cobrar fácilmente la pieza, me dió el cuchillo de monte. Después de varias peripecias venatorias en que el buen doctor, sin disparar su arma, fué horriblemente rasguñado, la gata pereció ensartada en el cuchillo, que supe esgrimir rápidamente cogiendo al animal en uno de sus saltos furibundos... Dueño de la res, propuse á mi compañero de caza que la partiéramos. Esto era lo justo y razonable. Pero Nomdedeu, invadido del feroz egoísmo que desvirtuaba su natural bondadoso, la quiso toda para sí, y con salvaje furia me dijo apuntándome con su escopeta: «Ladrón, suéltala ó te asesino.» También yo fuí bárbaro y locamente egoísta por ley de la necesidad mía y de los míos; mas tuve bastante entereza para dominar mi anhelo ardiente, y sintiéndome más fuerte que él, le arrebaté el arma, arrojé al suelo el cuerpo del animal, y con generoso arranque dije al

M.C.D.2020

pobre señor, desesperado y loco: «Tómela usted entera, D. Pablo. Se ha vuelto usted tigre. No quiero imitarle.»

Sin pronunciar una palabra, mostrando la horrible agitación y crisis de su alma en un sordo mugido, recogió Nomdedeu el animal, y abriendo la puerta, se marchó.

Pasada la irascibilidad de aquel cuarto de hora, apenas me podía tener. Volví junto á Siseta. En pocas palabras contéle lo ocurrido, y los tres muchachos me oyeron con espanto.

«No hay nada por hoy — les dije con angustia. — Voy á la calle á ver si encuentro una persona caritativa.»

Siseta se abrazó á sus hermanos, lloraron en coro y yo corrí desalado fuera de la casa. Á mi paso por las calles, vi familias desvalidas, formando horrorosos grupos de desolación en medio de la vía pública, los pies en el lodo, guarecida la cabeza del sol y la lluvia bajo miserables toldos de sucias esteras. Se arrancaban de las manos unos á otros la seca raíz de legumbre, el fétido pez del Oñar, las habas carcomidas y los huesos de animales no criados para la matanza. Diestros carniceros, improvisados por la necesidad, perseguían por todos los rincones de Gerona á los pobres perros, que bastante inteligentes para comprender su trágica suerte, buscaban refugio en lo más recóndito, y aun se atrevían á traspasar la muralla, corriendo á escape hacia el campo francés, donde eran acogidas con aplauso y algazara tales pruebas de nuestra penuria.

En la calle de Ciudadanos y en la plaza del Vino vi muchos enfermos que habían sido sacados de los sótanos para que se murieran menos pronto. Su mal era de los que llamaban los médicos *fiebre nerviosa cas-*

M.C.D.2020

trense, complicada con otras muchas dolencias, hijas de la insalubridad y del hambre.

La calle ó callejón de la Forsa, que conduce desde la Zapatería Vieja á la catedral, era una horrible sentina, una acequia angosta y lóbrega, donde algunos seres humanos yacían como en sepultura, esperando quien los socorriese ó quien los matase. Entramos en ella, conducidos por el Intendente D. Carlos Beramendi, y recogimos los cuerpos vivos y medio vivos, muertos y medio muertos, sacándolos á las gradas de la catedral, donde les bañasen aires menos corruptos. La catedral ya no podía contener más enfermos, y la plaza se fué convirtiendo en hospital al descubierto. Allí, en lo alto de la gradería, vi aparecer á D. Mariano Álvarez, que daba algunas disposiciones para el socorro de los heridos. Gran número de gente le rodeaba, y entre ellos vi con sorpresa á D. Pablo Nomdedeu con otros médicos, individuos de la Junta de Salubridad, y varias personas influyentes. La multitud victoreó á Álvarez, quien no dijo nada, absteniéndose de manifestar disgusto ni alegría por la ovación, y descendió tranquilamente.

En esto llegó junto á mí D. Pablo, que se había separado un poco de la comitiva. «Andrés — me dijo, — no me guarde rencor por lo de esta mañana. Se trata de vivir, amigo del alma, y el pícaro instinto de conservación convierte al hombre en fiera... Indigno linaje humano, ¿qué eres? Un gran estómago y nada más... ¡Ay de mí!... ¿Es posible que esto se prolongue? No, no puede ser. Mira qué horroroso aspecto presenta la gradería cubierta de cuerpos humanos.»

Álvarez con su comitiva seguía bajando, y la multitud apartábase para abrirle paso.

«Señor — le dijo Nomdedeu volviéndome la espalda — olvidé decir á Vuecencia que los medicamen-

tos que tenemos no bastan ni para la décima parte.»

Don Mariano miró fríamente y sin marcada expresión al médico. ¡Qué bien vi entonces al célebre Gobernador, y cuán presentes se quedaron desde entonces en mi mente sus facciones, su mirar y su palabra! La cara pálida y curtida, los ojos vivos, el pelo cano, la figura delgada y enjuta, la contextura de acero, la fisonomía imperturbable y estatuaria, la tranquilidad y la serenidad juntas en su semblante: todo lo examiné, todo lo retuve en la memoria.

«Si no hay bastantes medicinas—replicó,—empléense las que hay, y después se hará lo que convenga.

—Pero, señor—indicó tímidamente D. Pablo,—los enfermos no admiten espera. Si no se les cura... podremos tirar un día, dos...»

Álvarez paseó serenamente la vista por el anfiteatro, y después, volviéndose á Nomdedeu, le dijo:

«Ninguno de ellos se queja. Pronto recibiremos auxilios. La plaza no se rendirá, Sr. Nomdedeu, por falta de medicinas.

—¡Oh, señor!—dijo el médico temblando,—yo me atrevo á decir á Vuecencia que Gerona ha hecho ya bastante por la Religión, la Patria y el Rey. Ha llegado al límite de la constancia, señor, y...»

Álvarez agitó ligeramente el bastón de mando en la mano derecha, y sin inmutarse dijo á Nomdedeu:

«*Veo que sólo usted es aquí cobarde. Bien: cuando ya no haya víveres, nos comeremos á usted y á los de su ralea, y después resolveré lo que más convenga.*»

Siguió Álvarez su camino. Nomdedeu se quedó atrás, y llevándome en dirección de la plaza de San Félix, me dijo:

«¡Oh, si yo fuera solo en el mundo, Andrés! Si yo no tuviera más que mi indigna persona, si no tuviera otro cuidado que la visita al hospital y el recorrido de los

enfermos que están en la calle, yo mismo le diría á D. Mariano: «Señor, no nos rindamos mientras haya uno que pueda vivir, almorzándose á los demás.» Pero mi hija no tiene la culpa de que una nación quiera conquistar á otra... Sin embargo, humillemos la frente ante ese inflexible Gobernador, más valiente que Leónidas, más patriota que Horacio Cocles, más enérgico que Scévola, más digno que Catón. Es un hombre que en nada estima la vida propia ni la ajena, y como no sea el honor, todo lo demás le importa poco. En las jornadas de septiembre, cuando Vives el capitán de Ultonia se disponía para una pequeña excursión al campo enemigo, preguntó á D. Mariano que adónde se acogería en caso de tener que retirarse. El Gobernador le contestó: «Al cementerio.» ¿Qué te parece? ¡Al cementerio! Es decir, que aquí no hay más remedio que vencer ó morir; y como vencer á los franceses es imposible porque son ciento y la madre, saca la consecuencia...»

El doctor detúvose á examinar varios enfermos, y corrí á casa de Siseta para llevarles lo poco que había recogido.

VII

Juntamente conmigo entró Badoret, que había salido á hacer una exploración por la plaza de las Coles, y volvía tan alegre y saltón, que le juzgué portador de víveres para ocho días. Á las preguntas de Siseta, contestó abriendo los puños para mostrar algunas piezas de cobre, y cerrábalos después, bailando de contento en medio de la sala.

«¿De dónde traes esos cuartos? ¿Los has cogido en alguna parte?

—Me los han dado por el ratón... Andrés, un ratón

tan grande como un burro. En cuanto llegué con él á la plaza, un viejo soltó tres reales por él. Mi hermana no lo quiso. Pues lo vendí.

—Mira, Andrés—me dijo Siseta,—luego que tú te fuiste, estos condenados bajaron al patio, y por la puertecilla que está junto al pozo se metieron en la casa del canónigo D. Juan Ferragut, que está abandonada, como sabes. Á poco volvieron con una rata tan grande como de aquí á mañana... ¡Qué uñas! ¡Qué rabo!»

La necesidad me obligó á encarecer y ponderar la carne de ratón, diputándola por una de las más sabrosas y nutritivas. Siseta rechazó con repugnancia mis ratoniles opiniones. Después comimos de las menudencias que yo llevé, y atendimos al pobrecito Gasparó, que estaba enfermo. Llamamos á D. Pablo, el cual no nos tranquilizó. «Dadme aire puro—dijo,—dadme alimentos sanos, dadme drogas que no estén inficionadas, y curaré al niño. Aquí no hay ya más médico que D. Mariano Álvarez, el cual nos ha dicho: «Comeos los unos á los otros.»

Se retiró bufando. Parecía loco. Siseta destrozó un mueble para convertirlo en leña; calentó agua; aplicó al enfermo en diversas formas una terapéutica de su invención, compuesta de agua tibia en bebida, en friegas, en rociadas, en compresas.

Por la noche, cuando volví al lado de Siseta, la encontré más tranquila, engañada por el aparente alivio del pobre niño. Su principal inquietud consistía entonces en la ausencia de Badoret y Manalet, que, á pesar de lo avanzado de la hora, no volvían á casa. Los traviesos chicos aparecieron al siguiente día tras larga ausencia, llenos de rasguños, contusiones, magulladuras y mordidas; pero muy contentos con los cuartos que recientemente les había proporcionado su industria venatoria. Á pesar de este refuerzo pecuniario,

M.C.D.2020

aquel día fué el abastecimiento de la casa más penoso y difícil que otro alguno, y Siseta, desmejorándose por grados, perdía robustez y salud de hora en hora.

Funestísimo fué para nosotros aquel día, porque en él cayeron dos granadas en la casa del canónigo Ferragut, medianera con la nuestra, y la explosión fué tal, que el tejado bajó á confundirse con los cimientos. Tuve noticia del siniestro hallándome en *Alemanes*, y estuve en horrible ansiedad hasta que, terminado mi servicio, pude correr á la calle de Cort-Real. Con alegría vi que la casa en que morábamos estaba intacta, aunque en peligro de caerse también por la repentina falta del apoyo de la contigua. Di mentalmente gracias á Dios, y entré, hallando á Siseta junto al lecho de su hermanito, que había empeorado sensiblemente. Los vagabundos Badoret y Manalet continuaban ausentes. ¿Habrían perecido entre los escombros de la casa del canónigo? No hallaba yo medio de tranquilizar á Siseta, ni en lo humano había consuelo posible para tal serie de infortunios, enzarzados en un fatal hilo como las cuentas de un rosario. Sin que le llamáramos, se nos presentó el infeliz D. Pablo, que, después de pulsar y examinar al chiquillo, pronunció la escueta y desconsoladora terapéutica formulilla: «¡Agua, agua!...» Luego, desarrugando el ceño, repitió sus jeremíacas peticiones de socorro:

«Andrés, Siseta, queridísimos amigos míos, vosotros que nadáis en la abundancia, socorred á este mendigo. Nada me queda ya: he vendido todos mis libros, y con las plantas de mi magnífico herbario, que he reunido durante veinte años, he hecho un cocimiento para dárselo á ella. Sólo me restan las plantas malignas ó venenosas, y la incomparable colección de *polipodiums*, que os puedo vender.... ¿De veras no tenéis nada?»

Á nuestras reiteradas afirmaciones de penuria, contestó de este modo:

«Sin duda tenéis vuestras arcas llenas de comestibles; lo menos tenéis ahí diez onzas de cecina y un par de docenas de garbanzos. Siseta, Andrés, amigos míos, ¿queréis el perrito que bordó en cañamazo mi difunta esposa cuando estaba en la escuela? ¿Lo queréis? Pues os le daré, aunque es una prenda que he estimado como un tesoro, y de la cual hice propósito de no deshacerme nunca. Os cambio el perrito por lo que está guardado en el arca.»

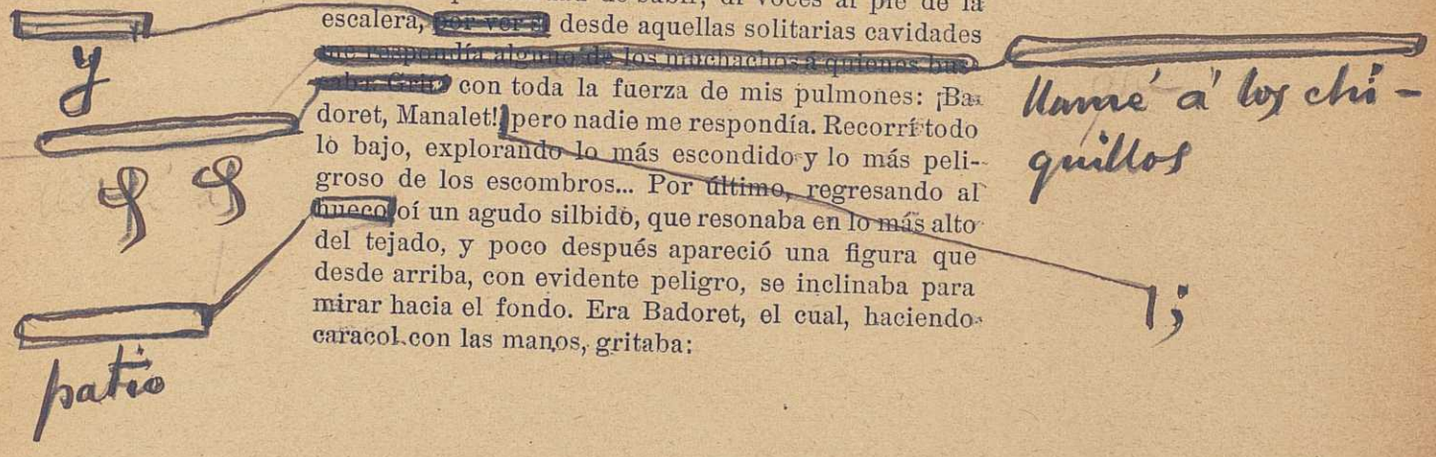
Abrimos el arca, mostrándole su horrenda vaciedad; pero ni aun así se dió por vencido. Estaba frenético, con apariencias de trastorno semejante á la embriaguez, y al hablar, su lengua sin fuerza chasqueaba las palabras entonándolas á medias, como un badajo roto que no acierta á herir de lleno la campana.

Retiróse el afligido señor, que nos parecía un espectro, y yo, accediendo á los deseos de Siseta, corrí á la desplomada mansión de D. Juan Ferragut, canónigo de la catedral, que desde los primeros días del sitio huyó de Gerona buscando lugar más seguro. Aunque este veterano de las milicias docentes de Cristo no

figura en mi relación, debo indicar que era el primer anticuario de Cataluña; hombre eruditísimo, incansable en esto de reunir monedas, escarbar ruinas, descifrar epígrafes y husmear todos los rastros de pisadas romanas y carlovingias en nuestro suelo.

Entrábase en la desierta casa por una puertecilla que comunicaba ambos patios, y que los vecinos solían tener abierta para venir á tomar agua en el pozo del nuestro. Cuando penetré en el patio, hallé que una gran parte de éste se había trocado en recinto cubierto por la acumulación de vigas y tabiques atascados en un ángulo antes de llegar al suelo. Aquel accidental techo no necesitaba sino ligero impulso, una voz fuerte, una trepidación insensible para caer al suelo. Adelantando cuidadosamente llegué á la caja de la escalera, abierta á la luz y al aire por el hundimiento de las salas de la fachada y de una parte del techo por donde penetraron las granadas. Cubrían el suelo muebles confundidos con trozos de pared, vidrios y mil desiguales fragmentos de preciosidades artísticas, materia caótica de la Historia, que ningún sabio podía ya reunir ni ordenar. La escalera había perdido uno de sus tramos, y para el ascenso era preciso trepar, saltando abruptas alturas.

En la imposibilidad de subir, di voces al pie de la escalera, por ver si desde aquellas solitarias cavidades me respondía alguno de los muchachos á quienes buscaba. Grité con toda la fuerza de mis pulmones: ¡Badoret, Manalet! pero nadie me respondía. Recorrí todo lo bajo, explorando lo más escondido y lo más peligroso de los escombros... Por último, regresando al hueco oí un agudo silbido, que resonaba en lo más alto del tejado, y poco después apareció una figura que desde arriba, con evidente peligro, se inclinaba para mirar hacia el fondo. Era Badoret, el cual, haciendo caracol con las manos, gritaba:



y

llamé á los chiquillos

patio

Sírvase V. disminuir una línea en esta plana.

«¡Manalet, alerta!»

Y luego, forzando la voz, añadió:

«¡Allá van! ¡Allá va Napoleón con toda la guardia imperial y la tropa menuda!»

Dicho esto desapareció, y yo me quedé absorto esperando ver á Napoleón con toda su guardia imperial. En efecto; por la rota escalera, á escape tendido, descendía un inmenso rebaño de innumerables seres compuesto. Saltaban de peldaño en peldaño por entre los pedazos de vigas, y con ligereza suma franqueaban los claros de la escalera, gruñendo, chillando, escarbando, describiendo piruetas, curvas, círculos, y empujándose, confundiéndose y precipitándose unos sobre otros.

Delante iba el mayor de todos, individuo de privilegiada magnitud y belleza entre los de su clase, y seguíanle otros de menor talla, y muchos pequeños, entre los cuales los había jovenzuelos, juguetones, y no faltaban graciosos niños. No eran docenas, sino cientos, miles ¡qué sé yo!, un verdadero ejército, una nación entera, masa imponente que en otras circunstancias me habría hecho retroceder con espanto. Las oscilaciones de sus largos rabos negros eran tales, que parecían culebras corriendo en medio de ellos, y sus brillantes ojos de azabache expresaban el azoramiento y la ansiedad de retirada tan vergonzosa. Seguíalos yo con la vista, y por una obscura puertecilla que vi en la pared sumergiéronse todos en breve tiempo, como chorro que cae al abismo. Acerquéme á dicha puerta y grité:

«Manalet, ¿estás ahí?»

Al principio no sentí rumor alguno, sino un lejano y vago son de hojarasca que me pareció producido por las pisadas de la guardia imperial sobre montones de hierba seca. Pero al poco rato creí escuchar voces

y lamentos que al principio parecieron aprensión mía ó el eco de mis propios gritos. Como se repitieran más acentuados, resolví aventurarme en lo interior del aposento obscurísimo que ante mí se abría.

Nada pude ver en los primeros momentos; mas á poco de estar allí, distinguí las formas robustas de las tinajas y toneles, cajones rotos, arreos de caballerías y carros, y mil objetos de indefinible configuración, que iban saliendo poco á poco de la obscuridad á medida que mis ojos á ella se acostumbraban.

De pronto sentí que las hojas sonaban pisadas por mil patitas, y los cabellos se me erizaron de espanto. ¿Por qué, si allí no había leones, ni tigres, ni culebras, ni ningún animal verdaderamente fuerte y temible? Lo cierto es que tuve miedo, un miedo inmenso que heló la sangre en mis venas, dejándome atónito y paralizado. Quise huir, y hundíme en la hierba seca. Revolví los ojos en torno mío, y aumentó mi terror al ver que se disponía para acometerme por distintos lados, con la rabia de mil bestias feroces, todo el ejército imperial.

En un instante me sentí mordido y rasguñado en los tobillos, en las piernas, en los muslos, en las manos, en los hombros, en el pecho. ¡Infame canalla! Sus ojuelos negros y relucientes como cuentas me miraban gozándose en la perplejidad de la víctima, y sus hocicos puntiagudos se lanzaban con voracidad sobre mí. Grité, pateé, manoteé... La turba insolente, aguijoneada por el hambre, me atacaba furiosa. Hallándome sin defensa, exclamé con angustia: «¡Badoret, Manalet, venid en mi auxilio! ¡Socorro!»

Por último, sacudiendo manotadas á diestro y siniestro, logré aminorar el vigor del ataque. Corrí de un lado para otro, y me siguieron; subíme á un gran tonel, y veloces como el rayo subieron ellos también. Su es-

trategia era admirable: adivinaban mis movimientos antes de realizados, y como saltara de un punto á otro, me tomaban la delantera para recibirme en la nueva posición.

¡Terrible animal! ¡Qué admirablemente le ha dotado la Providencia para que viva á despecho del hombre! Le ha hecho omnívoro para que encuentre alimento en todas partes; le ha dado ligereza para que huya; blandura para que no se sientan sus alevosos pasos; finísimo oído para conocer los peligros; vista penetrante para que atisbe las máquinas preparadas en su daño, y agudo instinto para burlar con hábiles maniobras las vigilancias exquisitas.

Además posee infinitos recursos, y como bestia cosmopolita, que igualmente se adapta á la [illegible] y al salvajismo, posee vastos conocimientos en diversos ramos: es ingeniero, y sabe abrirse paso por entre paredes y tabiques para explorar nuevos mundos; es arquitecto habilísimo, y se labra grandiosas residencias en los sitios más inaccesibles, en los huecos de las vigas y en los vanos de los tapiales; es audaz navegante, y sabe recorrer á nado largas distancias de agua, cuando su espíritu aventurero le obliga [illegible] lagunas y ríos; se aposenta en las cuadernas de los buques, dispuesto á comerse el cargamento si le dejan, y á echarse al agua en la bahía para tomar tierra si le persiguen; es insigne mecánico, y posee el arte de transportar objetos frágiles y delicados; es geólogo insigne y sagaz minero, pues si advierte que no disfruta de grandes simpatías á flor de tierra, se mete allí donde jamás respiró pulmón humano, y construye bóvedas admirables por donde entra y sale orgullosamente, comunicando casas y edificios, y huertas y fincas, con lo cual abre ricas vías al comercio y destruye rutinarias vallas.

Poseyendo un gran sentido civilizador, se acomoda al carácter de las comarcas y regiones que escoge para desarrollar su genio activo... Nada respeta; en el tocador de la dama elegante se come los perfumes, y en casa del boticario las medicinas. En la iglesia engulle las reliquias de los santos, y en los teatros se apropia el coturno de Agamenón y la daga de D. Pedro el Cruel. Artista á veces, si el destino le lleva á los Museos se almuerza á Murillo y cena con algo de Rafael, y en los gabinetes de los anticuarios y eruditos se convierte en uno de éstos por la influencia de la localidad, es decir, que se traga los libros.

Todas estas eminentes cualidades las desplegó contra mí la inmensa falange. Reponiéndome, al cabo de algún tiempo, de mi primitivo susto, arrebaté un palo que al alcance de la mano vi, y haciendo pie firme sobre el tonel, comencé á descargar golpes á todos lados, increpando á mis enemigos con todos los vocablos insultantes, groseros y desvergonzados de la lengua española. Al fin, amiguitos míos, á fuerza de trabajo y constancia pude adquirir el convencimiento de que no sería devorado.

Cuando me vi libre de la guardia imperial (pues no renuncio á darle este nombre), me hallaba tan cansado que di con mi cuerpo en tierra.

VIII

Pero en la desbandada del numeroso ejército, no abandonaron el campo todos los combatientes; no allí enfrente de mí, arrastrando por el suelo su panza formidable, estaba uno, el más grande, el más fuerte, ¿por qué no decirlo? el más hermoso de todos, fijando en mí el chispeante rayo de sus negras pupilas, con la oreja atenta, el hocico husmeante, las garras prepara-

das, el pelo erizado, y extendida la resbaladiza cola, escamosa y pardusca.

«¡Ah, eres tú, *Napoleón!* — exclamé en voz alta como si el terrible animal entendiese mis palabras. — Ya te reconozco. Eres el mayor y el más fuerte de todos... Infame, tu corpulencia y tu saber profundo te han dado el Imperio.»

Corrí hacia él; pero se escurrió ligeramente y le perdí de vista. Esta exploración me llevó muy adelante en la larga bodega. En un rincón de la última crujía había un tonel de los que llaman *tercerolas*, en pie, tapado con una baldosa, con aspecto muy parecido al de una colmena. Cierto vago rumor que de allí salía me hizo fijar la atención... la boca del tonel estaba de frente. Por dicha boca apareció un dedo, después dos. En el mismo momento una voz infantil y cavernosa llegó á mis oídos diciendo:

«Andrés, ya te veo. Aquí estoy. Soy yo, Manalet. ¿Se ha ido esa canalla? Me metí aquí para que no me cogieran, y he tapado mi casa con una baldosa. ¿Tienes algo de comer?

— No; ya puedes salir. No tengas miedo.

— Están ahí todavía. Siento sus patadas. Son cientos de miles. Ayer no había tantos; pero *Napoleón* se fué esta mañana y ha vuelto con no sé cuántos miles más. Toma este eslabón y esta yesca, Andrés. Prende fuego en un manojo de hierba, teniendo cuidado de que no se encienda todo, y verás cómo echan á correr.»

Dióme por el agujero el pedernal, eslabón y pajuela, y al punto hice fuego. Cuando el resplandor de la llama iluminó las obscuras bóvedas y muros, todos los caballeros corrieron despavoridos, y bien pronto no quedó uno.

«Se han ido, Manalet. Ya puedes salir.»

Entonces vi que se levantaba la baldosa que tapaba

M.C.D.2020

el tonel, y aparecieron los cuatro picos negros de un bonete de cura. Debajo de este tocado sonreía con expresión de triunfo la cara de Manalet.

«Si tú no vienes — dijo, — ¿qué hubiera sido de mí?

— ¡Bonito sombrero!

— Perdí la barretina, y como tenía frío en la cabeza... ya ves.

— ¿Y Badoret?

— Está en el tejado. Oye lo que nos pasó. Ayer cazamos algunos; pero no pudimos coger á *Napolcón*, que así le llamamos por ser el más grande y el más malo de todos. Cuando anocheció, anduvimos dando vueltas por la casa y nos encontramos una cama... Nos acostamos en ella; pero no pudimos dormir, porque al poco rato sentimos un rum de dientes y uñas... Eran esos pillos, que se estaban cenando la biblioteca. Nos levantamos, Andrés, y les apedreamos con los libros y con los muchos cacharros y figuritas de barro que el canónigo tiene allí.»

De este modo, con estilo pueril y picaresco, siguió Manalet contándome la ratonil aventura, en que los dos hermanos mostraron habilidad estratégica y venatoria. Situados en la bodega, acosaban al menudo ejército, y algunas piezas lograban coger con ingeniosas artes. Tuvieron la suerte de que la explosión de las granadas y el derrumbamiento del edificio les cogiese en los subterráneos. El susto fué grande; pero ningún daño sufrieron. Repuestos de su pavura, lanzáronse á divagar por las ruinas, advirtiendo que, destruída la casa, aumentaba desmedidamente la grey ratonil, y que ésta, con *Napoleón* al frente, audazmente recorría lo alto y lo profundo. Por un agujero que había debajo del tonel pasaban á los almacenes de la calle de la Argentería, y de aquí á la plaza de las Coles, donde tenían comunicación subterránea con el río...

Oída la relación de Manalet, le propuse que subiésemos en busca de su hermano, y trepando por la destrozada escalera llegamos á un cuarto interior, el único aposento que en habitabilidad relativa se encontraba. En una cama, perteneciente sin duda á la servidumbre del señor canónigo, encontramos á Badoret profundamente dormido. Despertámosle no sin trabajo. El travieso rapaz, que en su rudo aprendizaje de la vida y en su vagabunda actividad había llegado á la [illegible] picaresca, me llevó á que viese los destrozados vestigios de la biblioteca, y allí me dijo: «Si el señor Marijuán quiere unas lonjitas de manuscrito de ochocientos años y una copita de tinta superior, se lo puedo servir.» Después me mostró un niño Jesús de alfeñique, regalo de las monjas al Sr. Montagut. Lo habían encontrado en el cajón de una cómoda. Destinaban este precioso regalo á su hermano Gasparó; pero no en toda su integridad, porque ya Manalet se había comido una pierna del Niño y [illegible] la mitad de la otra. Entendí que acabarían por comérselo todo.

Explicáronme luego sus planes para coger vivo al tremendo *Napoleón*. Badoret lo expuso en esta forma: «¿Ves este gran artesón? Pues lo ponemos boca abajo, levantado por un lado con una cañita; se ata á la punta alta de la cañita un hilo; se ponen debajo unos pedazos de ratoncillos muertos que hay en la escalera, los cuales quemaremos antes para que huelan; plantamos en el patio todo este artilugio, y nos escondemos en la escalera con el hilo en la mano para poder tirar sin que nos vean. Hacemos humo en el sótano. Salen todos con el gran *Napoleón* á la cabeza, y éste los lleva al artesón, que es España; empiezan á roer, diciendo: ¡Qué buena conquista hemos hecho!; entonces tiramos del hilo, y España se les cae encima cogiéndolos vivos.»

M.C.D.2020

Dicho esto, cargaron con el artesón y bajáronlo al patio, y en un instante el industrioso aparato quedó muy bien instalado, con el cebo dentro y el hilo en su sitio. España estaba dispuesta; no faltaba más que la invasión francesa. Entré con Badoret en la bodega, y vimos que allí estaba la inmensa caterva ratonil, como en deliberación de la campaña que había de emprender. Rápidamente tapamos el agujero que les tenía en comunicación con la calle de la Argentería, y mientras yo apaleaba con rápidos golpes á todo bicho viviente, acorralándolos entre las pipas, Badoret prendió fuego á una buena porción de hojarasca, y cuando el denso humo nos impedía la respiración, salimos al patio.

Pronto la puerta de la obscura cueva empezó á vomitar guerreros inflamados en bélico ardor. Corrieron por el patio en distintas direcciones, subieron la escalera, tornaron á bajar, y no pocos de ellos se acercaron al artesón, en quien veían los chicos nada menos que la representación genuina de nuestra querida y desgraciada madre España. Badoret de improviso impuso silencio diciendo:

«Ahí viene; apártense todos, y abran paso á su grandeza.»

En efecto; el más grande, el más hermoso, el más gordo de aquellos guerreros apareció en la puerta del subterráneo. Desde allí revolvió con orgullo á todos lados los negros ojos, y moviéndose despacio, arrastraba con elegantes ondulaciones el largo rabo. Contrajo el hocico, mostrando sus dientes de marfil, y rascó el suelo con majestuoso gesto. Anduvo largo trecho entre la turbamulta de los suyos, que con desdén miraba, y al llegar á mitad del patio, vió aquel inusitado artefacto que teníamos dispuesto. Acercóse, y estuvo mirándolo por diversas partes, sorprendido

sin duda de su extraña forma. Muy por lo bajo, dije yo á Manalet:

«Este emperador tiene demasiado talento para meterse aquí.»

Napoleón se acercó con paso resuelto. Aunque dotado de inmensa previsión y de penetrante vista, el humo de gloria que llenaba su cerebro había enturbiado sus poderosas facultades, y encontrándolo todo fácil, sin ver más que á sí mismo y á su feliz estrella, precipitóse decididamente dentro de España. El hilo funcionó, y cayendo con estrépito la artesa, Su Majestad quedó en la trampa.

«¡Ah, pícaro, tunante, ladrón! — gritó Badoret saltando de gozo. — Ahora las vas á pagar todas juntas.

—Irás vivo al mercado — añadió el otro,—y nos darán por tu cuerpo nueve reales. Ni un cuarto menos, hermano Badoret.»

Atado por el rabo el vencedor de Europa, los chicos querían llevarlo al mercado; pero yo lo tomé para mí, diciéndoles:

«Si trabajáis un poco más, no os faltarán reses bien gordas que llevar á la plaza.»

Quedáronse allí. Harían, sin duda, nuevas y valiosas presas. Atravesé la puertecilla que comunicaba el patio de la casa de Ferragut con el de la mía, cuando tropecé con un duro cuerpo. Era Nomdedeu, que sin ninguna insinuación cortés, poseído de brutal egoísmo, pretendió que le diese la hermosa presa que yo llevaba. Mi furor repentino no me dió tiempo ni aun para una negativa verbal. Yo no era hombre; era una bestia rabiosa que carecía de discernimiento para reconocer su estúpida animalidad... Me arrojé sobre Nomdedeu; le derribé sin trabajo; le increpé con bárbaro rugido, clavé mis dedos en el cuello enjuto del doctor; le sofoqué hasta que los brazos de éste se extendieron en cruz...

M.C.D.2020

19
16

324

19 ≈ 1
16 ≈ 7 7
~~114~~
~~17~~
304

Exhaló D. Pablo un gemido, y cerrando los ojos quedó mudo, inerte.

Me levanté jadeante, y sin lástima miré al hombre sin ventura que á mis pies yacía. *Napoleón*, que durante la lucha se había visto libre, huyó arrastrando la cuerda que era como prolongación de su cola... Pasé yo á mi casa, y en el taller encontré á Siseta acurrucada y llorosa. Á su lado vi el cadáver de Gasparó, y más al fondo advertí la presencia de una tercera persona.

Era Josefina, que hallándose sola por largo tiempo en su casa, había bajado arrastrándose. Á la vista de Siseta, me sobrecogió un temor inmenso, una angustia de que no puedo dar idea, y mi conciencia, que poco antes estuvo en sombras, me inundó de improviso con espantosas claridades. Un gran impulso de llanto se determinaba en mi interior; pero no podía llorar. Retorciéndome los brazos, golpeándome la cabeza, exclamé sin poder contener el grito de mi alma irritada:

«Siseta, soy un criminal. He matado al señor Nomdedeu. Soy una bestia feroz. Él quería quitarme lo que yo guardaba para ti.»

Siseta no me contestó. Estaba estupefacta y muda, y la extenuación, juntamente con el profundo dolor, la tenían en situación parecida á la estupidez. Josefina me miraba con espantados ojos que me parecieron los ojos de su padre.

Anhelando arrojar lejos de mí las terribles imágenes que me acosaban, volvíme á Siseta y le dije:

«Siseta de mi corazón, ¿ha muerto Gasparó? ¡Pobre niño! Y tú, ¿cómo estás? ¿Te hace falta algo? ¡Ay! Huyamos de esta casa, salgamos de Gerona, vámonos á la Almunia á descansar á la sombra de mis olivos.»

Un extraordinario y vivísimo ruido exterior no me dejó lugar á más reflexiones ni á más palabras. Sonaban cajas, corría la gente; la trompeta y el tambor lla-

M.C.D.2020

maban á todos los hombres al combate. Siseta alargó lentamente el brazo, y con su índice me señaló la calle.

«Ya, ya lo entiendo—dije.—Don Mariano nos llama. Vamos á morir. Anhelo la muerte, Siseta. Adiós. Aquí están los chicos... Badoret y Manalet, que entraron diciendo:

«Hermana Siseta, trece reales, traemos trece reales. ¿Has arreglado á *Napoleón*? ¿En dónde está *Napoleón*?»

Manalet llevaba el Niño Jesús de alfeñique con las piernas y brazos de menos, y el cuerpo y cabeza muy lamidos.

IX

Con mi fusil al hombro corrí por las calles. Estaba ciego y no veía nada ni á nadie. Mi cuerpo desfallecido apenas podía sostenerse; pero lo cierto es que andaba, andaba sin cesar... Fuí á la muralla de Alemanes, hice fuego, me batí con desesperación contra los franceses que venían al asalto, gritaba como los demás y me movía como los demás. Era la rueda de una máquina, y me dejaba llevar engranado á mis compañeros. No era yo quien peleaba; era una fuerza superior, colectiva, un todo formidable que no paraba jamás. Lo mismo era para mí morir que vivir. Este es el heroísmo, á veces un impulso deliberado y activo, á veces un ciego empuje, un abandono á la general corriente, una fuerza pasiva, el mareo de las cabezas, el mecánico arranque muscular...

En el fragor de aquel pugilato entre gigantes, pude darme cuenta, sin dolor alguno, de que todo daba vueltas en derredor mío; combatientes, muralla, cielo y tierra giraban... Sin saber cómo, quedé apartado del conjunto activo. Fuerza poderosa me arrojó hacia

atrás, y al caer, bañado en sangre, exclamé en voz alta:

«¡Gracias á Dios que me he muerto!»

Un paisano, que por no tener arma se contentaba con arrojar piedras, arrancó el fusil de mis manos inertes, y ocupando mi puesto gritó con alegría:

«Acabáramos. ¡Gracias á Dios que tengo fusil!»

Fuí primero hollado y pisoteado... Después, manos piadosas me apartaron... Las monjitas diéronme de comer y curaron mi lacerado cuerpo, diciéndose unas á otras:

«El pobrecillo no vivirá.»

Ignoro dónde estaba, y no me era posible apreciar el tiempo que transcurría. Sólo en una ocasión recuerdo haber abierto los ojos, adquiriendo la certidumbre de que me rodeaba obscurísima noche. En el cielo, tristes estrellas fulguraban con blanca luz... Otra vez abrí los ojos, y un accidente harto original me obligó poco después á empeñarme en usar de la palabra. Entre la mucha gente que por allí en distintas direcciones discurría, vi un muchacho en quien hube de reconocer á Badoret...

Badoret llevaba á cuestas el cuerpo de un niño de pocos años, cuyas piernas y brazos colgaban hacia adelante. Así cargaba comúnmente á su hermano cuando vivía, y así lo llevaba muerto. Hice un esfuerzo y llamé al muchacho. Éste, que se inclinaba á examinar á los que allí en diversos puntos yacían, acercóse á mí y me dijo:

«Andrés, ¿tú también te has muerto?

—¿Por qué llevas á cuestas el cuerpecito de tu hermano?

—¡Ay! Andrés, me mandaron que lo echara al hoyo que hay en la plaza del Vino; pero no quiero enterrarlo, y lo llevo conmigo. El pobre ya no llora ni chilla.

—¿Y tu hermana?

—Hermana Siseta no se mueve, ni habla, ni llora tampoco. La llamamos y no nos responde.»

Algo más quise decirle; pero se me extinguió el don de la palabra... Nubláronse mis ojos cuando vi desaparecer á Badoret con su lúgubre carga.

La fiebre traumática me tomó por su cuenta, y uno tras otro diferentes delirios caldearon mi cerebro,

reproduciendo los hechos anteriores á la situación en que me encontraba. Hablé con Siseta, hablé con Nomdedeu. Á éste le dije: «¡Ah, Sr. D. Pablo, los dos hemos muerto, y ahora nos juntamos en lo que llamábamos allá *la otra vida;* sólo que usted camina hacia el Cielo

y yo voy derecho á los Infiernos!...» Hablé también con *Napoleón*, persiguiéndole en su fuga... Cuando alcanzaba yo la cuerda, que era como prolongación de su rabo, el pícaro se me escabullía, volviéndose de vez en cuando para escarnecerme con groseras burlas...

Turnaban luego en mi cerebro los delirios pavorosos con los gratos, hasta que un día me reconocí en el uso normal de mis sentidos y con el entendimiento en apacible claridad. Vi el cielo encima, en derredor mío mucha gente, y á mi lado un fraile. No se oían cañonazos, y el silencio, con serlo, parecía un ruido indefinible.

«Joven — me dijo el fraile, — ¿estás mejor? ¿Te sientes bien? Esa herida del pecho no es mortal.

— ¿Qué ocurre, Padre? ¿Qué día es hoy? ¿Á cuántos estamos?

— Hoy es el 9 de diciembre, y ocurre una inmensa desgracia. Está enfermo D. Mariano Álvarez. Hoy le ha entrado el delirio, y ha traspasado el mando al teniente de Rey D. Juan Bolívar. Desde que Álvarez está en cama, nadie considera posible la defensa. Sólo hay mil hombres disponibles, y aun éstos también están enfermos. Á estas horas se celebra junta de jefes para ver si se rinde ó no Gerona en este día.»

Seguimos hablando. Yo puse á mis palabras acento de confesión cuando dije al fraile que me sentía muy arrepentido de haber dado muerte al doctor Nomdedeu, porque quiso quitarme un ratón gordo y lucido.

«Hijo mío — repuso el fraile, — ó estás aun delirando, ó confundiste con otro al Sr. Nomdedeu, pues tengo la seguridad de haber visto á éste hoy mismo, si no bueno y sano, al menos con vida.»

Gozoso de la resurrección del buen doctor, pregunté al fraile si algo sabía de Siseta, y así me contestó:

«Hijo, nada puedo decirte de esa joven. Sólo sé que la

casa donde vivía el Sr. Mongat y el Sr. Nomdedeu, ha sido destruída por una bomba ayer mismo. Tengo idea de que todos sus habitantes se salvaron, excepto alguno que se ha extraviado, y no se le puede encontrar.»

¡Oh ansiedad peor que la muerte, oh incertidumbre peor que la certeza de las mayores desdichas!... ¡Y yo clavado en aquella cama más lúgubre que un ataúd!

Álvarez, según oí, se agravaba por instantes, y recibió los Sacramentos el mismo día 9; pero aun en tal situación insistía en no rendirse, repitiendo esto con palabras enérgicas, lo mismo dormido que despierto. Por la tarde corrió el rumor de que al día siguiente entrarían los franceses. La multitud acudió á la residencia del General y alborotó largo rato pidiendo á Su Excelencia que saliese de nuevo á gobernar la plaza.

Dicen que Álvarez, en su delirio, oyó los populares gritos, é incorporándose dispuso que resistiéramos á todo trance. Á pesar de esto, ya no se hablaba más que de capitulación. ¡Capitular! Parecia imposible tal cosa cuando aun existia pegado á las esquinas el bando de D. Mariano: «*Será pasada inmediatamente por las armas cualquier persona á quien se oiga la palabra capitulación ú otra equivalente.*»

X

Según oí decir, los franceses habían dado una hora de plazo para rendirnos. La Junta pedía un armisticio de cuatro días. El Mariscal Augereau no quiso acceder á ello y por último, después de muchas idas y venidas de un campo á otro, quedó estipulada nuestra rendición á las siete de la noche del 10 de diciembre.

Durante la noche, los vecinos y los soldados, sabedores ya de las principales cláusulas de la capitulación, inutilizaron las armas ó las arrojaron al río, y al ama-

M.C.D.2020

necer; los que podían andar, que eran los menos, salieron por la puerta del Areny para depositar en el glacis unas cuantas armas, si tal nombre merecían algunos centenares de herramientas viejas y fusiles despedazados.

En honor de la verdad, debo decir que los franceses entraron sin orgullo, contemplándonos con cierto respeto; y cuando pasaban junto á los grupos donde había más enfermos, nos ofrecían pan y vino... Durante todo el día estuvieron entrando carros cargados de víveres que, estacionados en las plazas de San Pedro y del Vino, servían de depósito, adonde todo el mundo iba á recoger su parte. ¡Comer! ¡qué novedad tan grande! Sentíamos el regreso del cuerpo que volvía, después de larga ausencia, á ser apoyo del alma.

Dadme albricias, porque al fin, señores míos, me reconocí con bríos para andar veinte pasos seguidos, aunque apoyándome con la derecha mano en un palo, y con la izquierda en las paredes de las casas. El aspecto de Gerona en el fúnebre día de la rendición era por demás horrendo. En calles y plazuelas vi ruinas, fétidos charcos, casas despanzurradas mostrando su interior como una desnudez repugnante, insepultos cadáveres de hombres y animales, murallas deshechas, bastiones reducidos á polvo, vestigios de un pueblo estoico, que no sabe rendirse sino muerto.

Cuando llegué á la calle de Cort-Real, vi en casi total ruina ¡ay dolor! la casa donde se albergaban los míos. Dijéronme los vecinos que el Sr. Nomdedeu y su hija estaban aposentados en la calle de la Neu; de Siseta nada se sabía; Badoret y Manalet vagaban aún por las calles. Contristado con tales noticias, y viendo que no había para mí otro guión de mis pesquisas que el dédalo de las calles, á éstas me lancé animoso. La suerte me favoreció, pues á la media hora de correr

preguntando, di con los dos muchachos que de Merida-dal venían jadeantes, la ropa en andrajos, los pies heridos, los rostros cadavéricos... Su mísero estado no me dió tiempo á la compasión; antes que ésta entró en

mi alma el júbilo con la noticia que fué su saludo apenas me vieron: Siseta vivía, Siseta se hallaba en el aposento alto de la casa de Ferragut, el mismo donde encontré á Badoret dormido el día de la epopeya ratonil y de la captura de *Napoleón*.

Mi espíritu se iluminó; cesaron la incertidumbre y

M.C.D.2020

el horroroso miedo de quedarme viudo antes de casado... «¡Adelante, hijos, arriba! Llevadme adonde está vuestra querida hermana». Extenuada encontré á Siseta, y dolorida de mi ausencia; pero al fin Dios nos reunía, y los cuatro nos abrazamos lamentando la falta del pobrecito Gasparó, que se había ido de Gerona al Cielo... Como ya, rendida la plaza, teníamos sano alimento, Siseta no tardó en reponerse... Vivíamos, y esto no era poco en aquellos tiempos de trágica desolación. Acabo aquí mi cuento, en lo que tiene de personal, añadiendo para rematar el cuadro que D. Pablo Nomdedeu perdió el juicio y su hija lo recobró. La intensidad de las impresiones en los días terribles de muerte y hambre, fué para ella como heroico y decisivo medicamento. El buen D. Pablo, que al ver razonable á su hija desvariaba con graciosa locuacidad, no hacía más que reir y frotarse las manos, repitiendo como estribillo mental el famoso *Similia similibus*.

XI

Pero aún me queda otra parte del cuento, y es que, como prisionero de guerra, tenía que partir á Francia con todos los defensores de Gerona. La razón de no haber partido al día siguiente de la rendición fué que me incluyeron entre los enfermos, y á éstos, como al propio Gobernador D. Mariano Álvarez de Castro, se nos concedieron algunos días hasta que nos hallásemos en disposición de emprender el penoso viaje.

Salimos, pues, el 21 de diciembre (¡adiós, Siseta; adiós, Badoret y Manalet, cara esposa y hermanitos míos! Volveré). Delante iba, rodeado de gendarmes, el coche en que llevaban al gran Álvarez; seguían los oficiales; detrás íbamos los sargentos y soldados, convalecientes de graves heridas ó de la epidemia. La pro-

M.C.D.2020

M.C.D.2020

cesión no podía ser más lúgubre. No se oía más que lengua francesa, que hablaban en voz alta y alegre nuestros dominadores. Los españoles íbamos mudos y tristes. El 22, á las tres de la tarde, llegamos á Figueras. El General le encerraron en el castillo de Figueras, después de someterle á un necio, impertinentísimo interrogatorio. Se le pedían cuentas de su heroísmo, de su inaudita constancia y espartana entereza. Álvarez respondió: *Si sois hombres de honor, habríais hecho lo mismo en mi lugar.*

Sin más que un descanso nocturno, seguimos el áspero camino: en Junquera nos detuvimos poco; pasada la frontera llegamos á Perpiñán, y nos metieron en el *Castillet*, airosa fortaleza de ladrillo, obra del Rey D. Sancho. Al héroe de Gerona le metieron en un tenebroso aposento á manera de calabozo. No pudo Álvarez contener su enojo, y á sus indignos carceleros increpó en esta forma: *¿Es este sitio propio para vivienda de un General? ¿Y son ustedes los que se precian de guerreros?*

Los demás fuimos aposentados en sótanos inmundos, y el Alcaide nos notificó que nos daría de comer, siempre que lo pagáramos en buena moneda española. Allí estuvimos hasta que con diciembre terminó el trágico año de 1809, enfermos todos, y más que enfermo moribundo el insigne Álvarez de Castro, que como caballero cristiano sufrió su cruel martirio corporal y las villanías y burlas de sus carceleros... En esto, se recibió la orden de que fuésemos internados. De Perpiñán nos sacaron escoltados por tropa y gendarmería; hicimos noche en Sitjans, donde la culta Francia nos ofreció el caso de mayor vilipendio que podríais imaginar. Sacaron de su coche al General y le aposentaron con los demás de su séquito en una caballeriza llena de estiércol, donde no había cama ni sillas, ni

nada que se pareciese á un mueble, siquier fuese el más mezquino y pobre. Agotada la paciencia ante tanta infamia, y viendo cuán poco adecuado era aquel inmundo sitio para quien por su categoría, y además por su lastimoso estado, tenía derecho á extremadas consideraciones, no pudimos contener la explosión de nuestro enojo, y con durísimas palabras increpamos al jefe de la Gendarmería... Por último, el cochero, orden ó por simple tolerancia del jefe de la fuerza, introdujo en la cuadra una cama en que descansó algunas horas el desgraciado enfermo, cuya prodigiosa resistencia parecía tocar al último límite.

Á la mañana siguiente, cuando nos poníamos de nuevo en marcha, aparecieron guardias á caballo trayendo una orden para el jefe que nos conducía. Éste, abriendo el pliego en nuestra presencia, nos dió á conocer su contenido, el cual era que *Monsieur Álvarez* debía volver á España. Nos alegramos de veras, por la esperanza de ver pronto á la patria querida, y hasta sospechamos si nos dejarían en libertad luego que traspasáramos la frontera.

Pero Dios irritado y Francia vengativa no querían que nuestras desdichas tuviesen término. Es el caso que cuando con el mayor gozo pisábamos la tierra de España, se presentaron unos guardias á caballo con nuevas órdenes para los gendarmes. El jefe mostróse muy contrariado, y habiendo tenido ligera reyerta entre éste y uno de los portadores del oficio, oímos esta frase, que, aunque dicha en francés, fácilmente podía ser comprendida: «*Monsieur Álvarez* debe volver, pero los demás españoles no.»

Al punto comprendimos que se nos quería separar de nuestro idolatrado General, dejándonos á todos en Francia, mientras á él se le llevaba solo, enteramente solo, al castillo de Figueras. Esto causó desolación en

la comitiva. Algunos, cerrando los puños y vociferando como insensatos, dijeron que antes se dejarían hacer pedazos que abandonar á su General; otros, creyendo mal camino para convencer á nuestros conductores el de la amenaza y la cólera, suplicamos al jefe de los gendarmes que nos dejase seguir. Suplicamos todos en diverso estilo que nos dejasen asistir y consolar á nuestro querido Gobernador, pero todo fué inútil. Como complemento de los mil martirios que con refinado ingenio habían aplicado al héroe, quisieron someter su grande alma á la última prueba. Ni su enfermedad penosísima, ni sus años, ni la presunción de su muerte, que se creía próxima y segura, les movieron á lástima. Tanta era la rabia contra aquel que había detenido durante siete meses, frente á una ciudad indefensa, á más de cuarenta mil hombres, mandados por los primeros Generales de la época; que no había sentido ni asomos de abatimiento ante una expugnación horrorosa en que jugaron once mil novecientas bombas, siete mil ochocientas granadas, ochenta mil balas, y asaltos de cuyo empuje se puede juzgar considerando que los franceses perdieron en ellos veinte mil hombres!

La separación era, por el implacable rigor francés, absolutamente inevitable. Despidiéndonos con ánimo sereno, el General nos dijo que renunciábamos á una inútil resistencia, conformándonos con nuestra suerte; añadió que él confiaba en el próximo triunfo de la causa nacional, y que, sintiéndose próximo á morir, su alma se regocijaba con aquella idea. Recomendónos la prudencia, la conformidad, la resignación, y él mismo dió á sus conductores la orden de partir, para poner pronto fin á una escena que desgarraba su corazón lo mismo que el nuestro. El cupé partió á escape, y nos quedamos en Francia, sujetados por los

gendarmes, que nos ponían sus fusiles en el pecho para impedir las demostraciones de nuestra ira. Gritamos desesperados, con los ojos llenos de lágrimas, el coche, que se perdía poco á poco entre la bruma; y cuando dejamos de verle, uno de los ayudantes, bramando de ira, exclamó: «Se lo llevaron esos perros; se lo llevan para matarle sin que nadie lo vea.»

Sucedió lo que temíamos... Murió el General Álvarez en el castillo de Figueras. ¿Quién cortó aquella vida? ¿Dios ó Francia? La Historia no ha puesto en claro esta enorme y pavorosa cuestión.

Expiró Álvarez en su cárcel, sin que se diese explicación facultativa de aquel paso de este mundo al otro. El cadáver fué expuesto en unas parihuelas á la vista del pueblo de Figueras, que subió en tropel á contemplar lo que quedaba del grande hombre muerto.

La muerte del héroe de Gerona, ya fuese criminal golpe asestado por la venganza, ya fuese consecuencia física de los padecimientos crueles á que le sometieron sus cautivadores, quedó y quedará siempre en la Historia como indeleble borrón del Imperio.

M.C.D.2020